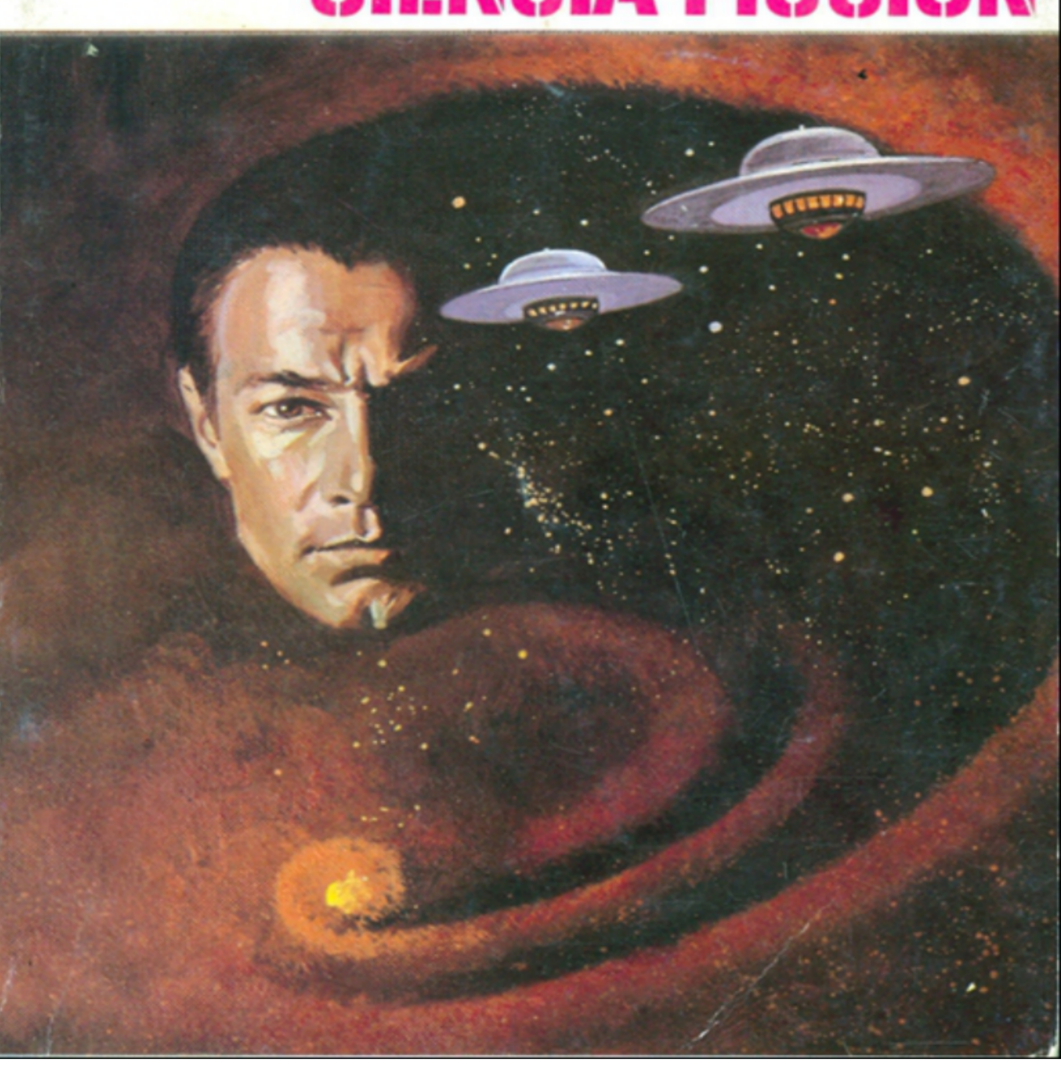
La conquista del ESPACIO

EL IMPERIO DE ORNAX

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





EL IMPERIO DE ORNAX

A. Thorkent

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

544 — *La fuerza absoluta*. Clark Carrados

545 — *Cita en Ganímedes*. Kelltom Mclntire.

546 — *Salto al futuro*. A. Thorkent.

547 — *La superbomba*. Ralph Barby.

548 — *La esfera maldita*. Joseph Berna.

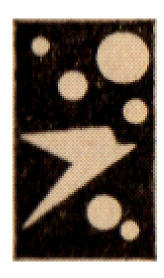
A. THORKENT

EL IMPERIO DE ORNAX

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 549

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 38.668 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1981

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPÍTULO PRIMERO

El dueño de aquel tugurio lanzó una mirada furibunda contra Ward Bertram, movió sus grandes manos sonrosadas y golpeó la mesa.

—¡No! —gritó.

Ward abrió la boca y deseó en aquel momento seguir luciendo el disfraz de monstruo de Lxitio que exhibió poco antes en el escenario. Claro que él no habría tenido los afilados dientes del monstruo de la leyenda oscura del planeta ni tampoco sus aceradas garras. De haber dispuesto de éstas habría desgarrado la garganta del obeso propietario de la sala de fiestas.

—Escuche, Gorgol, me debe la paga de dos meses y...

—Calla, Ward. Tienes mala memoria.

—¿Qué dice? Mire, Gorgol, le estoy llenando su mugrienta sala todas las noches desde hace dos meses y aún no he visto un crédito.

—Los verás cuando termines con tus deudas.

—¿Que deudas? —preguntó Ward presintiendo una trampa.

—No te hagas el tonto.

— Yo no le debo nada.

Entonces Gorgol sacó unos papeles de un cajón y los movió delante de los asombrados ojos de Ward.

—¿Los reconoces? —preguntó Gorgol, irónico y Bertram tragó saliva y asintió.

—Mis pagarés... —musitó.

Pero Gorgol tenía buen oído y movió afirmativamente la cabeza.

—Exacto. Hasta ayer los tenían algunos jugadores, pero yo los compré todos. Y a mitad de precio. No tienes buena garantía por ahí. Ward.

—¿Qué pretende?

—Nada. Trabajarás para mí hasta que liquides tus deudas.

Ward cerró los ojos.

Había sucedido lo que había estado temiendo. Aquel sucio tipo cebado le tenía bien agarrado.

Su espectáculo era un éxito y se estaba forrando con él. El local se llenaba todas las noches y Gorgol no quería perderle.

Demasiado bien sabía Gorgol que cuando Ward dispusiese de dinero saldría huyendo de aquel planeta.

Y Ward se marchó del despacho de Gorgol pensando que iba a resultarle demasiado difícil escapar.

Gorgol había estado aconsejando a los jugadores de Dix de la ciudad a prestarle dinero.

Luego compró los pagarés y ahora era su dueño.

También sabía Bertram que Gorgol tenía comprado al jefe de policía de la sucia ciudad capital de Lxitio.

Si pretendía acercarse al espacio-puerto con la pretensión de entrar furtivamente en una nave y era sorprendido por los policías, se llevaría una tremenda paliza antes de ser devuelto a Gorgol.

Ward regresó a su camerino, se sentó pesadamente en el sillón delante del espejo y se quedó mirando un rostro triste y desalentado.

Su propio rostro.

Esperó unos minutos, hasta que sus facciones originales regresaron.

Ya no quedó el más mínimo rastro de la caracterización que tanto gustaba a la escandalosa clientela del tugurio de Gorgol.

Se encogió de hombros y se limpió la cara con agua clorizada.

Luego encendió un cigarrillo y quedose pensativo.

Tenía que pensar serenamente. Con Gorgol no podía jugarse.

Uno tenía que ser precavido si quería salir indemne de la aventura.

Por el momento debería olvidarse de jugar de nuevo al Dix. Aquel

maldito juego de cartas y dados, tan popular en los Ducados Galácticos le estaba convirtiendo en el esclavo de Gorgol. Se preguntó si sería capaz de resistirse a los llamativos anuncios de las salas de juego.

Sacó de detrás del espejo su copia del contrato que firmó dos meses antes con Gorgol.

Emitió una sonrisa sarcástica.

La paga era buena y había calculado que antes de dos meses dispondría de suficiente dinero para adquirir un pasaje y largarse.

Claro que no tenía el menor interés en pagar sus deudas de juego; pero aquel maldito Gorgol sabía que debía dinero y había comprado sus pagarés a bajo precio.

Maldijo la hora en que llegó al planeta.

Procedía de las Baronías Centrales... donde nadó en la abundancia gracias a sus dotes interpretativas. Pero en el anterior planeta tuvo la mala ocurrencia de imitar en público al dictador y se vio precisado a salir sin recoger su maleta y dinero.

Tiró el contrato al suelo, murmurando:

—Esto es una mierda. Sólo sirve para Gorgol.

Escuchó un rumor de sedas a su izquierda y luego vio aparecer una mano que recogió del suelo el contrato.

Se levantó de un brinco y se encontró delante de una mujer muy hermosa, que le sonreía al tiempo que con sus manos blancas y enjoyadas alisaba el arrugado papel.

—¿Quién es usted? —preguntó Ward, y se alegró de tener su verdadero rostro.

—¿Ward Bertram? —preguntó ella con cantarina voz.

—Por los dioses, no me diga que sólo viene a pedirme un autógrafo. Me desmoralizaría aún más.

—¿Está desmoralizado?

—Lo estaba hasta que usted entró. Ahora me encuentro mejor.

—Es muy amable, pero vengo a hablar con usted de negocios.

Ward tiró al suelo un montón de ropas de una silla e indicó a la mujer que se sentase.

—Aún no me ha dicho cómo se llama, preciosa.

—Dejemos eso por el momento, señor Bertram.

—Llámeme Ward.

—Supongo que éste es su contrato —dijo ella agitándolo.

—Es una bazofia.

—Parece interesante. Aquí pone que usted ganará mensualmente diez mil créditos.

—Nunca los veré juntos —suspiró Ward.

—¿Qué le ata a Gorgol?

—Creo que alrededor de cincuenta mil créditos. Los desparramé por la ciudad entre veinte tahúres y ahora él los tiene todos. Creo que moriré de viejo trabajando aquí.

—Sería una lástima, señor Bertram. Usted es un verdadero artista. Esta noche le vi representar el clásico monstruo local, pero me aseguraron que hizo antes otras interpretaciones más difíciles. Al parecer le gusta imitar políticos de renombre.

—Lo dejé ya. Me trajeron complicaciones. Ahora me dedico a lo espectacular.

—Ya. Pero usted podría ganar mucho más dinero que trabajando aquí.

—¿Dónde? ¿Acaso es usted una agente teatral?

—Algo por el estilo —rió la chica. Sacó de su bolso una reproducción holográfica, que mostró a Ward—. ¿Podría Imitar a este hombre?

Ward sonrió despectivamente.

—Físicamente, sí. Pero tendría que estudiarlo más a fondo para...

—Por el momento sólo es preciso una demostración facial.

—¿Ahora?

—Sí.

Ward negó con la cabeza.

—Los efectos han pasado...

—¿Qué efectos son ésos?

—¿No lo sabe? Bueno, creí que estaría enterada —Ward sonrió—. Resulta que sufrí una mutación cuando nací. Mi piel puede moldearse cada cierto tiempo, como si fuera arcilla. Claro que sólo yo puedo hacerlo. Pero el efecto no es duradero. Puedo recobrar mi aspecto cuando lo desee, pero no mantener la imitación más allá de unas horas.

—¿Cuántas horas, señor Bertram?

—Eso es secreto.

—Está bien. ¿No puede hacerla ahora?

—¿No lo entiende? Acabo de usar mi cualidad en ese sucio escenario hace apenas unos minutos y los efectos han pasado. Podría intentarlo, pero el resultado no le agradaría —Ward la miró fijamente—. Oiga, ¿qué pretende? Es usted muy atractiva y creo que si dispusiera de algún dinero la invitaría a tomar unas copas. Es todo lo que puedo hacer por usted.

Ella se levantó.

Seguía sin soltar la copia del contrato.

—Estoy segura que hará mucho más por mí, señor Bertram. Tengo suficientes informes suyos para creer que no me defraudará —guardó el holograma y se dirigió a la puerta—. Espéreme aquí. Vuelvo en seguida.

—¿Qué va a hacer?

—Hablar con el empresario. Quiero comprarle su contrato.

—Bien, hágalo. Si tengo que depender de alguien prefiero ser su esclavo —rió Ward.

Ward la miró mientras salía. Suspiró y regresó delante del espejo.

Terminó de quitarse la pasta.

La chica estaba muy bien, pensó.

Pero ¿qué pretendía? ¿Burlarse de él? Se preguntó de dónde podía ser. Por supuesto no del condenado planeta. Era delicada y hablaba el galacto con fluidez, como aprendido en una universidad de alto estilo.

Terminó de vestirse y a punto estaba de salir del camarote cuando Gorgol entró. Venía secándose su abundante sudor con un pañuelo sucio. Miró nerviosamente a Ward y dijo:

—Muchacho, prepara tus cosas —hablaba nerviosamente y sin su clásica ironía—. Te marchas.

Ward puso las manos en jarra.

—¿Cómo que me marcho? ¿Adónde?

—No lo sé, la verdad.

—Un momento —dijo Ward poniéndole su dedo índice delante de la colorada nariz—. Usted ha vendido mi contrato. ¿No?

—Sí, eso es.

—¿A esa mujer? Creí que ella estaba bromeando, que era una turista rica con ganas de divertirse a mi costa...

—Pues no bromeaba. Hemos llegado a un acuerdo. Ahora tiene tu contrato.

—¿Así de fácil? —Ward estalló en una carcajada que tenía mucho de nerviosa—. No puedo creerlo. ¿Qué será ahora de su tugurio sin la máxima atracción?

— Ya me las arreglaré. Vamos, Ward, date prisa. Ella te espera fuera.

—Eh, un momento. No me gusta que se me trate como una propiedad que se puede dar o vender. En este planeta, aunque esté lleno de porquerías no existe la esclavitud y tengo mis derechos. Usted puede retenerme hasta que cumpliera con mi parte y le pagara mis deudas, pero no puede entregarme a otra persona sin yo saber adónde demonios me van a llevar.

—Por favor, Ward, no compliques más las cosas. Todo es legal. En la sala había un interventor que puso su sello a la operación.

—Ha sido todo muy rápido, ¿no? Demasiado.

—Ella ya había hablado conmigo antes de venir a verte.

Sólo teníamos que concretar algunas cosas.

Gorgol sacó de debajo de la mesa una maleta raída y la abrió.

Empezó a llenarla con las escasas pertenencias de Ward.

—No tengo todas mis cosas aquí, Gorgol. Tendré que ir a buscarlas a la consigna del astropuerto. Si no las saqué antes es porque debo el alquiler de dos meses y...

Gorgol movió su gruesa boca.

Con gestos nerviosos sacó un puñado de monedas y las puso entre las manos de Ward.

—Esto será suficiente para que te olvides de tus miserables propiedades, muchacho. Ahora lárgate de una vez.

Sorprendido. Ward tomó el dinero y la maleta que le puso en la mano Gorgol.

El dueño del garito le empujó fuera del camerino.

Incluso siguió empujándolo a través del estrecho pasillo hasta sacarle a la calle por la puerta trasera.

Aún estaba Ward estupefacto en el callejón cuando sintió la puerta cerrarse a sus espaldas sonora mente.

Anduvo unos metros. Alguien salió de la oscuridad.

Era un hombre. Vestido de gris, que se limitó a decirle con profundo acento del Borde:

—Sígame. Le está esperando.

Salieron del callejón.

Fuera esperaba un vehículo mixto, aparcado cerca.

La puerta estaba abierta y el hombre le indicó que entrase. Ward lo hizo y se acomodó al lado de la mujer quien le sonrió ligeramente.

—Hola, señor Bertram.

Ward soltó un bufido y se arrellanó.

El interior del vehículo olía agradablemente, quizá al mismo perfume de ella.

—Llámeme Ward. Los amos llaman por el nombre de pila a sus esclavos.

—Usted no es mi esclavo, señor Bertram.

—De acuerdo. Su empleado. ¿Cuándo será la siguiente representación?

El vehículo se puso en marcha. Después de avanzar unos metros por el pavimento se elevó silenciosamente. Debajo de ellos quedaron las brillantes luces de la destartalada ciudad.

—Calculo que no antes de dos meses —replicó ella, extrayendo un cigarrillo del reposamanos, que se encendió apenas lo acercó a los labios.

—Creo que me tiraré en marcha si no me explica algunas cosas.

— Tal vez pueda darle ahora algunas explicaciones. ¿Qué quiere saber?

—Mire, ese viejo Gorgol es un tipo de cuidado en la ciudad. Si él no quería desprenderse de mí no lo habría hecho ni por una fortuna. Sé que es testarudo y no le gusta que las mujeres le manejen. Y como estoy seguro que no valgo lo suficiente como para pagar por mí una fortuna, me gustaría saber de qué medios se ha valido para poner a ese montón de grasas tan nervioso. Nunca vi a Gorgol tan fuera de sí.

Ella le arrojó una perfumada bocanada de humo.

A través de él, Ward siguió encontrándola muy atractiva.

—Me gusta hacer las cosas bien. He pagado algo a cambio de su contrato, pero no mucho. Algo más de cien mil créditos.

Ward abrió la boca, estupefacto.

—¿Sólo eso? Es imposible. Gorgol se habría reído en su cara ante propuesta tan ridícula, señorita... —Calló un instante y añadió—: Por cierto, aún no me ha dicho su nombre. ¿Para quién trabajo ahora?

—Soy la princesa Aimarla de Ornax —respondió ella. Ward conocía lo suficiente aquella parte de la Galaxia para saber quién era aquella mujer, pero de todas formas seguía dudando que le hubiese dicho la verdad.

—Me estoy cansando de bromas —empezó a decir, pero la expresión seria de la mujer le hizo tragar saliva muy a su pesar. Había algo en ella que le obligaba a creerla.

—Ahora nos dirigimos al astropuerto, señor Bertram. Embarcaremos inmediatamente y estaremos en el espacio antes de una hora. ¿No me cree, duda que sea quien le he dicho?

—No lo sé. Nunca he visto una reproducción holográfica de la princesa Aimarla, pero…

— Ya se convencerá.

—Es que resulta ilógico —Ward movió la cabeza—. No puede ser.

—¿Por qué no?

—Una princesa no va por ahí contratando artistas. Y mucho menos Aimarla, del Imperio de Ornax.

—Pues lo es.

—¿Acaso se celebrará pronto una fiesta en el palacio imperial y desea que divierta a sus cortesanos?

—Nada de eso. Su representación será muy especial. ¿Recuerda la imagen del hombre que le mostré en su camerino?

—Algo, sí.

—Quiero que le imite, que sea como ese hombre.

—¿Para qué? ¿Una broma palaciega?

—No. Suplantando a ese hombre matará al emperador Foxten III, Señor y Dueño de Ornax.

CAPÍTULO II

La mujer se sentó frente al panel de comunicaciones. Pulsó un botón y la esfera que flotaba delante de ella se iluminó. Un segundo después aparecía la cabeza de un hombre, que dijo:

—La línea especial vía láser está establecida.

—Bien, Gromm. Pásame a comunicación. ¿Has tomado todas las precauciones?

—Sí. No podrá ser intervenida la comunicación, pero le ruego que sea breve. El coste de energía será enorme mientras navegamos por el hiperespacio, dama...

Ella se llevó los dedos a los labios.

—Nada de nombres por ahora, Gromm.

El hombre emitió una sonrisa leve, preguntando:

—¿Sólo princesa Aimarla?

—Será suficiente.

—Ah, princesa. Me olvidaba decirle que Ward Bertram insiste en verla. De hecho lo está pidiendo desde que partimos de Lxitio.

—Hágale pasar a mi cabina cuando termine la comunicación.

La imagen desapareció.

Transcurrieron unos minutos, que ella soportó con gesto impaciente, hasta que una nueva cara surgió dentro del globo.

Era esta vez un hombre mayor, de facciones serenas. Su nariz aguileña indicaba una respiración, empero, algo alterada.

Cuando el hombre abrió la boca para hablar, la imagen osciló y la mujer emitió un sonido de malestar, temiendo que el contacto quedase interrumpido. Existían muchos pársec por medio y tal cosa podía ocurrir.

—Debe apresurarse, coordinador —dijo ella.

—Bien, pasemos al asunto —dijo el hombre apenas la imagen recobró nitidez—.Compredo las dificultades para mantener contacto

instantáneo. ¿Qué tal sucedió?

—Bien. Era nuestro hombre. Está a bordo.

—¿Está segura que podrá reemplazar a Evergren?

—Perfectamente. Sólo necesita unas sesiones. Ayer partimos de Lxitio y las comenzaremos hoy mismo, apenas termine de hablarle dentro de unos instantes. El sujeto está un poco incómodo e insiste en verme.

—Sea prudente.

—Lo seré. Coordinador, quería que supiera que todo el plan está controlado. Dentro de siete días llegaremos a Tránsito Tres. Allí se efectuará el cambio. Me pregunto si nuestros agentes allí no fallarán.

—Estoy seguro que lo encontrará todo dispuesto. Aquí celebraremos que los acontecimientos sigan la línea trazada.

—Entonces debo cortar el contacto, coordinador. Gromm está inquieto por el consumo energético —rió ella—. Todas las precauciones respecto a la pila de plasma en el hiperespacio son pocas.

—Lo comprendo. Adiós, princesa —los finos labios del hombre dibujaron una sonrisa irónica—. Nos veremos pronto personalmente.

—Eso espero.

Ella pulsó un botón y la imagen se disolvió en medio de una nube opaca.

Luego dijo a un micrófono:

—Groom, que pase Ward Bertram. La voz de Gromm dijo:

—¿Quiere que esté presente? Ese sujeto está un poco nervioso.

—No será preciso.

Ward Bertram entró en la cabina. Su ceño fruncido escrutó la estancia.

Silbó admirativamente ante el lujo reinante.

—Vaya, esto está en consonancia con su categoría, alteza imperial.

—Siéntese, Ward —dijo ella mostrando unos cojines cerca del sillón que ocupaba—. Me alegro que quisiera verme. Usted y yo tenemos

que hablar.

—Por supuesto. Y mucho, me temo —gruñó él echándose sobre los acogedores cojines.

—¿Le agrada su camarote? Ordené que le dieran uno de los que suelen ocupar mis invitados especiales.

—Me abruma su hospitalidad, señora. Pero no conseguí descansar bien.

—¿Por qué? Nuestra partida de Lxitio ha sido perfecta y también la entrada en el hiperespacio de la nave. No entiendo…

Ward se tocó la cabeza con un dedo.

—Es por esto. No dejo de pensar. Cuando usted me soltó de repente mientras nos dirigíamos al espaciopuerto que me contrataba como asesino me dejó paralizado por la sorpresa. Luego todo fue demasiado rápido. Casi no me di cuenta cuando me metieron en esta nave y partimos. Entonces me puse a pensar, y la verdad es que mis deducciones no fueron nada tranquilizantes.

—¿Y qué ha deducido, señor Bartram?

—Que usted bromea.

—Yo nunca bromeo —dijo ella muy seria.

—No puede ser que pretenda que yo mate a su hermano el emperador Foxten III.

—Dígame por qué no puede ser.

Ward se movió nervioso entre los cojines.

Tenía a la princesa a mayor altura que él y se veía obligado a alzar la mirada, lo que le producía cierto malestar.

—¿Por qué yo? No soy un asesino a sueldo, ningún profesional. En mi vida he matado a nadie, ni siquiera a animales en una cacería. Odio la violencia.

—Le comprendo —ella sonrió y Ward se sintió atraído por aquellos labios rojos—. Pero usted fue elegido entre cientos de personas capaces de alterar sus facciones. Tenemos una lista extensa de tales hombres. Usted es el mejor. Además se adapta a las medidas

corporales, lo cual no puede modificar, ¿no es cierto?

—No, claro...

—Entonces la elección fue la adecuada. Usted será nuestro hombre. El simple hecho de que yo haya viajado hasta Lxitio para verle actuar y dar mi visto bueno definitivo debe hacerle comprender la importancia de la misión que queremos encomendarle. ¿Sabe que tuve que decirle a Gorgol quién era para que accediera a cederme su contrato? Claro que luego le dije que si decía a alguien que yo había hablado con él no duraría ni un minuto. Dejé a algunos agentes vigilándole. Estoy segura que no dirá una palabra. Mi estancia en ese planeta debe ser ignorada por todos.

—Usted lo ve todo excesivamente fácil, alteza imperial.

Pero no olvide que está hablando de matar a un emperador, a su hermano concretamente. Y aunque nunca he estado allí, sé que el Imperio de Ornax es muy poderoso. El emperador, está muy bien custodiado y es imposible matarle. Creo que no sabe lo que dice.

—Pero usted no se sorprende que yo le insinúe que lo mate.

—No mucho. Conozco un poco las intrigas palaciegas que siempre han jalonado la historia de Ornax. Es difícil que un emperador allí muera de viejo en la cama. Suelen morir asesinados. Pero está muy lejos de mi mente convertirme en un ejecutor de la tradición. ¿Por qué no me deja marchar tranquilo?

—¿Recuerda la holografía que le mostré?

—Si, claro. Era la de un humano, un hombre de mediana edad.

—Quiero que transforme su cara y sea como él.

—No será muy difícil. Lo recuerdo bien y son facciones fáciles de reproducir. Pero sigo sin comprender...

—Ese hombre es el embajador Evergren, de la República Terrestre.

—¿Y qué?

—Dentro de un mes se celebrará en la capital del Imperio de Ornax la celebración del décimo aniversario de la coronación de Foxten III. El embajador de la República Terrestre, Evergren, como representante del poderoso dominio que hace sombra a Ornax en la Galaxia, será el

invitado de honor. Tendrá un sitio privilegiado en los eventos. Usted, ocupando el lugar de Evergren, podrá matar fácilmente al emperador.

Ward soltó una risotada.

—¡Estupendo! —dijo—. Yo desintegro al emperador, la guardia cae sobre mí, me hace pedazos y todo el mundo feliz. Creo que estaba muy bien dejándome explotar por Gorgol. ¿Por qué no me regresa a Lxitio?

—Ganará un millón de créditos, colocados en la República Terrestre, en el planeta que desee —susurró la princesa.

Ward abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Cómo un hombre muerto puede disfrutar de esa fortuna? ¿Es que no ha oído que seré un cadáver unos minutos después que mate al emperador?

—Usted no morirá, señor Bertram.

—Está bien. La guardia imperial no me hará pedazos, pero me encerrará y luego un tribunal me condenará a muerte, a ser desintegrado en la cámara atómica. ¿Qué importa el hecho que gane unas horas? Seguiré sin disfrutar de mi dinero. Oh, usted me ofrece algo que nunca será mío.

Ella se levantó.

Parsimoniosamente se dirigió a una mesita y llenó dos copas talladas con un licor ambarino.

Tendió una copa a Ward y luego volvió a sentarse frente a él.

Le sonrió amablemente.

—Nadie puede ser condenado a muerte en su caso, señor Bertram.

—Explíquese.

—Usted disparará contra el emperador, pero lo que caerá al suelo no será un ser humano, sino...

—Siga.

Aimarla extrajo de debajo de su sillón una pistola, de corto y fino cañón. Se la entregó a Ward, explicando:

—Es un arma especial. Cuando usted esté frente al emperador Foxten III saludándole en nombre de la República Terrestre, disparará. El emperador no caerá desangrándose, sino hecho pedazos. Mostrará a todos sus súbditos, a la corte, a los embajadores de mil naciones galácticas lo que es realmente. Nadie le tocará a usted un cabello.

Ward tragó saliva.

Se inclinó hacia Aimarla. Preguntó entrecortadamente:

—¿Qué sucederá?

— Toda la Galaxia sabrá entonces que Foxten III es un robot.

* * *

Ward había estado llevándose la copa a los labios.

Las palabras de Aimarla casi le hicieron derramar el líquido ambarino.

—¿Un robot?

—Sí. Ha oído bien. Desde hace algunos años, un robot ocupa el lugar de mi hermano.

—¿Medidas adoptadas por él o por sus consejeros ante posibles atentados?

—No. Sé que mi hermano murió hace años en un trágico accidente. Yo siempre le quise. Pero su muerte permaneció en el más total secreto. Entonces no lo supe, pero lo averigüé hace poco. ¿Ha oído hablar del mariscal Rabz?

Ward negó con la cabeza y la mujer siguió:

—Es un ambicioso. Siempre intentó dominar a Foxten, impulsándole a guerras de conquista. Pero mi hermano titubeaba demasiado. Tal vez Rabz se impacientó y él provocó la muerte de mi hermano. Entonces hizo que un robot ocupase su lugar e hiciese todo cuanto él deseaba. Desde entonces la política de Ornax ha sido peligrosa. La guerra puede estallar en cualquier momento en la Galaxia y las consecuencias pueden ser funestas.

—Existen robots casi perfectos, pero no conozco ninguno que haya conseguido suplantar con eficacia a un ser humano. Es sencillamente imposible.

—Pues existe ese tipo de robot. Y si a esa perfección le añade que pocas personas pueden acercarse al emperador comprenderá que la suplantación planeada por el mariscal Rabz ha tenido éxito.

—Y usted quiere desenmascarar el fraude. ¿Por qué ha esperado tanto?

—Las medidas de seguridad en torno al robot que suplanta a mi hermano son extremas. Sólo existirá una posibilidad de echar por tierra los planes de Rabz durante las fiestas conmemorativas de la coronación. Entonces los embajadores se acercarán al emperador lo suficiente. Creo que unos tres o cuatro metros. Será el momento de disparar contra el robot esta arma, que no es más que un disgregador molecular. Los efectos serán radicales. Todo el mundo verá que es un robot, no un ser humano. Entonces nadie podrá matarle, señor Bertram. Yo intervendré como pariente más allegado al emperador y pondré las cartas al descubierto sobre la mesa.

—Entonces yo no seré ejecutado…

—No. Por el contrario, el pueblo de Ornax agradecerá su intervención. Podrá salir de la capital del Imperio… con su millón de créditos.

—Y usted será coronada emperatriz, ¿no? —preguntó con sorna.

—Es posible. Digamos que seguramente. Pero no ambiciono el cargo. Sólo quiero evitar una guerra estúpida que está planeando el mariscal Rabz como jefe supremo de los ejércitos imperiales. Será castigado y Ornax nunca atacará la Federación Lateral.

—¿Por qué la Federación Lateral?

—Es el paso inevitable para alcanzar los planetas de la República Terrestre. Los mundos que forman la Federación Lateral son aliados de la Tierra y ésta quiere verse inmiscuida en un conflicto que se desarrolle tan lejos de sus bases.

—¿Quiere decir que usted está en combinación con la Tierra?

—No exactamente. Pero conozco sus intenciones y yo, como ella, deseo la paz.

—Alguna vez leí que en los mundos de Ornax la gente no es muy feliz... —se atrevió Ward a insinuar.

—Eso sucede últimamente. Pero es consecuencia de la política de rearme llevada a cabo por iniciativa de Rabz. Mientras el poder militar aumenta el pueblo se empobrece. Pero el pueblo ama a su emperador. Cierto que sufrirá una especie de trauma cuando conozca la verdad, pero confío que yo pueda hacerles olvidar a mi hermano. Estoy segura de ello.

Eard suspiró.

Contempló la belleza de Aimarla y lamentó que la distancia entre ellos resultase tan abismal.

Se encogió de hombros y dijo:

—De acuerdo. Haré lo que usted desea. Es muy diferente disparar contra un robot. Pero...

—¿Alguna duda?

—Si. Tengo que representar al embajador Evergren de la Tierra. ¿Cómo podré hacerlo?

—Disponemos de todos los datos de Evergren, señor Bertram. Nuestra próxima parada será un planeta, exactamente Tránsito Tres, en donde nuestros agentes le tienen secuestrado. El tiempo que tardemos en llegar allí usted lo empleará en estudiar la forma de actuar de Evergren. A bordo disponemos de todos los datos suficientes. Quiero que ensaye hasta que consiga un rostro exacto al de Evergren.

—Recuerde que mi tiempo de cambio facial es limitado...

—Serán suficientes cinco horas.

Ward asintió. Parecía que la mujer lo tenía todo pensado.

—¿Por qué precisamente el embajador Terrestre?

—Yo no odio a la Tierra como ocurre en algunos lugares de la Galaxia, señor Bertram. Aunque muchos lo duden, yo se que de allí partieron nuestros antepasados, que todos los humanos descendemos de terrestres. Espero que el pueblo de Ornax agradezca a la Tierra, a la República que representa, el hecho de haber desenmascarado al usurpador. Además, por la importancia diplomática de Evergren, éste

podrá pasar ante los controles imperiales. Su arma no podrá ser requisada porque siempre el embajador terrestre ha disfrutado del privilegio de portar armas incluso ante el emperador.

Ella calló, quedándose mirando a Ward expectante.

—Está bien —asintió él—. Estoy dispuesto a colaborar.

—Sabía que la oferta de un millón de créditos sería tentadora para usted, señor Bertram —sonrió la princesa.

Pero Ward hubiera hecho lo que le pedía sin recibir nada a cambio. Le habría bastado una mirada de agradecimiento de Aimarla.

CAPÍTULO III

Tránsito Tres era un planeta libre a medio camino entre la Federación Lateral y el Imperio de Ornax. Desde hacía tres siglos había conseguido mantenerse al margen de las tensiones políticas de aquella zona galáctica. Comerciaba con todo el mundo y recibía naves de todos los planetas. Incluso las molestas de los Ducados eran bien acogidas en las instalaciones portuarias de Tránsito Tres.

Una semana después de haber salido de Lxitio, Ward Bertram ya había recibido una felicitación de la princesa Aimarla cuando él se presentó ante ella con el disfraz que podía permitirle usurpar la personalidad del embajador Evergren.

—Es aceptable, Ward —asintió Aimarla sin poder disimular una sonrisa de complacencia—. Creo que con dos sesiones más la similitud será perfecta. Ni la madre de Evergren se daría cuenta.

Ward se sentó delante de la princesa sin esperar que esta se lo pidiese.

Sonrió con el rostro de Evergren.

Tenía que soportarlo al menos durante cinco horas. Resultaba peligroso intentar recobrar su aspecto real antes de ese tiempo.

Su carne, sometida a cambios demasiado bruscos, podía sufrir una mutación delicada.

—¿Por qué descenderemos en Tránsito Tres? —preguntó Ward.

—Allí está la nave de la República Terrestre que conduce al embajador Evergren a Xandur, la capital de Ornax.

»Hace exactamente ocho días, Evergren fue secuestrado por mis agentes. La tripulación de la nave del embajador está convencida que Evergren pasa unos días de descanso en el palacio del Regidor de Tránsito Tres.

—¿Entonces el Regidor esta de nuestra parte? —susurró Ward,—. Creí que Tránsito Tres se mostraba muy celosa por su neutralidad.

—Unas sugerencias han bastado para que el regidor se muestre complacido —rió Aimarla.

—Su plan, princesa, es muy frágil. ¿Qué habría pasado si yo me hubiese negado a colaborar con ustedes? Por las fechas creo que ya estaba secuestrado el embajador antes de comprar mi contrato a Gorgol…

—Así es.

—¿Entonces?

— Yo estaba segura que usted no se habría negado.

Ward no supo qué contestar.

Sus conversaciones con la princesa fueron espaciándose, hasta que la proximidad al planeta las suspendieron.

Planetizaron en uno de los mayores astropuertos de Tránsito Tres, situado en el ecuador.

Entonces fue cuando Ward, al descender, pudo contemplar el aspecto de la nave imperial.

Sufrió cierto desencanto al comprobar que se trataba de una nave vulgar, al menos exteriormente.

Pero en seguida se dijo que Aimarla viajaba de incógnito y lo principal era pasar desapercibido.

Gromm, un humanoide gigantesco del Borde, ayudante y ser de confianza de la princesa, comunicó a ésta que la nave del embajador seguía anclada en la pista, cerca de las unidades de control del

astropuerto.

Aimarla explicó a Ward:

—Evergren permanece en el palacio del regidor sumido en un placentero sueño, Ward. No será despertado hasta que usted regrese.

—¿Qué le sucederá entonces a Evergren? —preguntó Ward preocupado.

—Oh, no piense soluciones tenebrosas. Evergren vivirá.

Nadie ha pensado nunca en matarle. ¿Para qué? Por el conerario, cuando la verdad sea conocida por la Galaxia, incluso la República Terrestre nos dará las gracias y Evergren no se sentirá molesto porque usted le suplantase.

—Está muy segura de ello, princesa —comentó Ward no muy seguro.

A veces las dudas le atormentaban. Creía o quería creer en todo cuanto Aimarla le había contado. ¿Y por qué no iba a ser cierto?

Aimarla le condujo por el astropuerto hasta cerca de la nave del embajador.

Era una nave moderna, no muy grande y de brillante fuselaje.

En los costados lucían los emblemas de la Tierra.

Un gran sol amarillo rodeado de doscientos puntos luminosos que representaban los planetas que integraban la República.

—Mañana es el día, Ward —dijo Aimarla.

—¿El día?

—Sí. Se cumple el plazo. Evergren debe terminar su estancia de descanso como huésped del Regidor de Tránsito Tres. Entonces usted, en el papel de Evergren, debe presentarse, subir a bordo y ordenar al capitán de la nave terrestre, llamaba *Zelandia* que parta rumbo a Ornax. ¿Recuerda el nombre del capitán y de los principales oficiales?

—Sí. El capitán se llama Rogers y los oficiales...

—Es suficiente —sonrió Aimarla. Se volvió para entrar en el deslizador que les había llevado hasta allí.

—Un momento, princesa —pidió Ward. Ella se volvió.

—¿Qué sucede?

—Quiero ver al embajador Evergren.

Aimarla frunció el ceño.

Por un instante su gesto se endureció.

Parecía irritada, a punto de soltar una imprecación. Pero sonrió y preguntó dulcemente:

—¿Recela, Ward? ¿Teme acaso…?

—Sí, lo siento. No puedo rechazar el pensamiento de que ustedes han eliminado al embajador.

—Confío que ésta será su última duda, Ward.

—Ojalá sea así, princesa. Yo lo deseo tanto como usted.

Aimarla regresó al deslizador.

Delante de los mandos estaba Gromm, a quien dijo:

—Llévanos al palacio del regidor, Gromm.

El humanoide torció la boca.

Su fino oído debió haber escuchado las palabras de Ward. Dirigió al terrestre una iracunda mirada, pero puso en marcha el deslizador apenas la pareja se hubo acomodado en los asientos traseros.

Durante todo el tiempo que duró el vuelo hasta el palacio del regidor, al otro lado de la ciudad que se levantaba al sur del astropuerto, Aimarla no abrió la boca y Ward pensó que tal vez la princesa se hallaba ofendida por su desconfianza. Pero reprimió su impulso de pedirle disculpas.

Si ella quería que él jugase a su juego debía conocer que las reglas eran limpias. Si había dicho que Evergren no sufriría daño alguno no bastaban las palabras. Ward quería pruebas.

Discretamente fueron recibidos por el mismo regidor de Tránsito Tres, un hombre obeso y gesticulante, que conversó a solas con Aimarla. Ward permaneció a pocos metros de ellos, paseando nerviosamente.

Al cabo. Aimarla se acercó. Dijo:

—Venga, Ward. Le llevaremos delante del embajador. Anduvieron a lo largo de interminables pasillos y entraron en un ascensor que les condujo hasta, al parecer, los sótanos del palacio. Había guardias armados por todas partes. Después de franquear algunas puertas, se detuvieron delante de un gran cristal. El regidor explicó después de secarse el sudor de la frente:

—Es vidrio de una visión. Ahí tienen al embajador.

Ward miró y vio a un hombre tendido sobre un lecho de plástico. Se fijó en el pecho, que se movía regularmente. Al lado había una lámina llena de registros. Aimarla dijo:

—Son sus indicios vitales. El embajador, cuando despierte, no recordará nada. Sólo si la misión ha sido satisfactoria tendrá conocimiento inmediato de lo sucedido. Es más, precisamos de su colaboración para que los lazos, ahora delicados, entre la Tierra y el Imperio, sean fortalecidos. Comprenderá, Ward, que nosotros somos los últimos en desear ningún mal a Evergren. ¿Satisfecho?

Bertram asintió.

Tenía suficientes conocimientos para comprender, que Evergren estaba vivo. Había estudiado tres años de medicina, hasta que la sed de aventuras le impulsó a abandonar la Tierra y viajar al profundo espacio. Ahora sólo deseaba ganar dinero para poder regresar al Sistema Solar. Estaba cansado de deambular de un lado para otro.

Por el camino de regreso, el regidor dijo a Aimarla, pero al parecer interesado en que Ward le oyese:

—Mis agentes han detectado espías del mariscal Rabz en algunas ciudades del planeta, princesa. Estoy inquieto.

—Rabz recela siempre de todo el mundo. Creo que si él pudiera cancelaría las ceremonias de celebración: pero tal cosa levantaría sospechas.

Ward notó que el regidor le miraba de soslayo.

—¿Será capaz este hombre de llevar a cabo la misión, princesa?

Ella soltó una risa liviana.

—Se asombraría infinito si le viera representar al embajador. Su representación es perfecta.

—Pero las huellas... Los agentes de seguridad imperial pueden registrarle a fondo y...

—No tema. Las yemas de sus dedos pueden ser alteradas también y a bordo de mi nave disponemos de moldes de los dedos de Evergren. Incluso podemos falsificar las emanaciones de neuronas en caso que lleven el control de identificación hasta tal extremo. Pero dudo que con el embajador de la Tierra se atrevan a la comprobación de tales extremos.

El regidor les despidió hasta la misma puerta del palacio. Una vez en el deslizador, camino del astropuerto, Aimarla miró divertida a Ward y le preguntó:

—¿Tranquilo?

—Sí, creo que sí. Lo siento, princesa... ¿Está molesta por mi desconfianza?

—No demasiado. Su actitud me demuestra que usted es un idealista, que no es sólo por el dinero por lo que ha consentido protagonizar la misión. ¿Me equivoco?

—No lo sé. Creo que la aventura es tentadora. No soy tan hipócrita para decir que lo habría hecho gratis, pero el hecho de que esté colaborando con una buena causa es estimulante.

La nave de Aimarla partió horas más tarde. Al día siguiente, ella invitó a cenar a Ward.

La mesa estaba preparada en el mirador. Desde allí podía contemplarse el fabuloso espectáculo que el hiperespacio ofrecía. El calidoscopio de las luces era fascinante. Al cabo de unos minutos, Aimarla tornó opacos los cristales, explicando:

—La visión humana no puede soportar demasiado tiempo semejante representación —suspiró—. Y es lamentable. No hay nada más bello en el universo.

Dos robots sirvieron eficientemente la comida.

Había exquisito vino y los manjares eran delicados y artísticamente presentados en servicio de plata.

—¿Cuándo supo que su hermano había muerto y un robot ocupaba su puesto, princesa?

—No es exactamente un robot, sino un clon —ella torció el gesto. Parecía no gustarle hablar de aquel asunto—. Mi hermano tuvo la idea, feliz o desgraciada, de preparar una clonación. Ni siquiera me lo dijo a mí. Lo llevó en máximo secreto. Creo que sólo Rabz lo sabía, además de algunos científicos que luego el mariscal se encargó de matar para eliminar testigos. Pero el proceso no estaba totalmente terminado y la cibernética tuvo que ser usada. Así, lo que representa a mi hermano es una curiosa mezcla de robot, androide y clon. Algo, me figuro, irrepetible.

—Me pregunto si el suceso no provocará en los mundos de Ornax una guerra civil. Ya sabe que en estos casos siempre existen reyezuelos ansiosos de protagonismo.

—Es un riesgo que hay que correr. Pero espero que podamos controlar los acontecimientos. Algunos altos cargos militares no aprecian a Barz y sí me son fieles. El mariscal está impulsando a Ornax a la guerra de conquista. Desea anexionarse los mundos de la Federación Lateral, que sin el apoyo de la Tierra no pueden ofrecer una fuerte resistencia. Pero de todas formas una guerra sería funesta para Ornax.

—¿Y Rabz siempre estará a la sombra del emperador, quiero decir de su robot clon?

—No por mucho tiempo. Si lleva a cabo una guerra de conquista y sale triunfante, su popularidad aumentará considerablemente. Fortalecida su posición, Rabz puede simular una muerte accidental del emperador. Claro que antes me mataría a mí, que soy la única heredera directa al trono. Entonces no habría nadie más capacitado, ante los ojos del pueblo y la nobleza, que él para comenzar una nueva dinastía.

Ward asintió. Aimarla estaba decidida a actuar porque había comprendido que su cabeza peligraba. Si por el momento Rabz no había atentado contra ella era porque todavía tenía que culminarse la conquista de la Federación Lateral. Luego...

Estaba mirando fijamente a Aimarla, recreándose con su belleza. Ella lo notó y bajó un instante la mirada.

—¿Por qué me mira?

—No debería preguntarlo, princesa; es usted muy bella.

—Gracias —rió Aimarla.

—No las dé, por favor.

Ward deslizó su mano encima de la mesa y tomó una de las de Aimarla. La apretó y ella no hizo ningún gesto por retirarla.

—¿Existe algún castigo por proponer amor a una princesa imperial de Ornax?

—Sólo si yo llamase a mis guardias.

—¿Lo hará?

Por toda respuesta, ella apretó un botón situado en la parte derecha de su sillón. Ward escuchó el chasquido de la puerta del mirador cerrarse.

—Estamos solos, Ward. Nadie podrá interrumpirnos.

Aquélla era una clara invitación y Ward terminó de beber el resto de su copa. El licor era eufórico y se levantó. Tomó a Aimarla por los hombros y la acercó a su cuerpo.

La besó y se estremeció ante la calidez de su cuerpo y el fuego de sus labios.

—Lamento que sea una princesa imperial. Aimarla no respondió. Estrechó a Ward.

CAPÍTULO IV

Por supuesto, Ward había oído hablar del Imperio de Ornax y sabía exactamente la situación que ocupaba en la Galaxia, pero nunca había pensado que algún día llegaría hasta allí, y mucho menos bajo la personalidad usurpada del importante embajador de la República Terrestre.

La nave de Aimarla estuvo circunvalando durante dos días Tránsito Tres, mientras Ward terminaba su aprendizaje y llegaba el momento en que Evergren debía terminar sus vacaciones. Entonces descendieron

de nuevo y Ward se presentó en la nave *Zelandia*.

Fueron unos momentos tensos.

La guardia de la entrada le presentó armas y el oficial de servicio corrió a darle la novedad. Luego acudió el comandante y le preguntó si podían despegar.

Ward ahora tenía un rostro diferente al suyo. Incluso su voz era distinta, semejante a la de Evergren. Tosió como acostumbraba el embajador y dijo que sí, que podían partir de Tránsito Tres inmediatamente.

Luego, rebuscando en los datos, recordó dónde estaba el camarote del embajador y se dirigió a el. Pidió que no le molestasen y se encerró.

Tumbado en la cama, transcurrieron los instantes en que el *Zelandia* despegó, navegó unas horas a través del sistema planetario de Tránsito Tres y luego, después de cruzar la órbita del último y gélido planeta, se hundió en el hiperespacio.

Tuvo un cálido pensamiento para Aimarla.

Ella también se dirigiría hacia Xandur, tal vez navegando paralelamente a la *Zelandia*, pero separados por la distorsión hiperespacial.

Ward sabía que tardarían seis días en llegar a Xandur y durante ese período de tiempo debía ser precavido. Sólo saldría de su camarote durante lapsos de tiempo establecidos. Su caracterización de Evergren era sólida por espacios de diez horas como máximo. Al cabo, sus facciones recobraban irremediablemente sus facciones originales y tenían que transcurrir otras diez horas antes de que sus manos, como un escultor en carne humana, pudiesen transformarlas de nuevo en el rostro de Evergren.

El capitán de la Zelandia era un centaurano alto y enjuto, llamado Coormar. Al parecer tenía cierta amistad con Evergren y era muy aficionado a jugar al ajedrez.

Ward tuvo que acceder en varias ocasiones a disputar partidas con él. Era un mediano jugador y tal vez perdió con excesiva frecuencia, hasta el extremo que Coormar se sintió sorprendido, al mismo tiempo que halagado.

—Señor Evergren, nunca he conseguido ganarle tantas veces seguidas

—dijo al final de una partida en que finalizó con victoria suya demasiado rápidamente.

Ward se sintió intranquilo.

Al parecer Evergren era un consumado jugador y él no estaba a su altura en aquel aspecto.

—Sí, y espero que esto no continúe demasiado tiempo Coormar le sirvió una copa de coñac, encendió un cigarro y comentó en medio de una bocanada de humo:

—Le comprendo. La misión ante el emperador Foxten no es nada fácil.

Ward enarcó una ceja.

¿Qué quería decir el capitán?

¿Tal vez algo que los eficaces servicios de información de Aimarla no habían conseguido descubrir? Optó por callar, dejando que Coormar hablase.

—Convencer a ese tipo de la conveniencia de firmar un acuerdo de no agresión con la Federación Lateral será difícil, señor —añadió el capitán ante el silencio de Ward.

—Lo sé.

—Seguro que por ese motivo no puede concentrarse en el juego, embajador —rió el capitán.

—Es posible. ¿Cómo se sentiría usted en mi caso?

—Muy nervioso. ¿Confía en lograr el acuerdo?

—En un fracaso no debo pensar, Coormar.

—Toda la Galaxia estará pendiente de usted, señor —dijo levantándose.

Y Ward sonrió interiormente.

Seguro que toda la Galaxia estaría pendiente de él, sobre todo cuando después de acercarse al emperador en la ceremonia protocolaria él sacase el arma especial y le disparase. Si la escena iba a ser transmitida por video, como era de suponer, miles de millones de seres iban a presenciar, estupefactos, que el poderoso y arrogante

emperador no era sino una burda copia mixta entre robot y clon.

Los días a bordo de la *Zelandia* transcurrieron sin incidentes para Ward.

Permanecía a la vista de todo el mundo durante unas horas al día y luego, cuando lo consideraba prudente, se encerraba en su camarote.

Siempre daba una excusa lógica.

Unas veces decía que tenía que estudiar su discurso de salutación a Foxten y otras porque se hallaba indispuesto.

Cuando salieron del hiperespacio y Xandur, planeta capital del Imperio de Ornax estuvo presente, Ward tuvo que ingerir unos calmantes para mantenerse sereno. Los nervios estuvieron a punto de traicionarle.

Estaba establecido que la nave terrestre llegaría dos horas antes que diese comienzo la ceremonia. Del astropuerto sería conducido directamente al enorme palacio imperial, en donde apenas media hora más tarde daría comienzo la recepción de representantes diplomáticos de los más poderosos estados de la Galaxia. El emperador los iría recibiendo de uno en uno, en el gran salón del trono y en presencia de los miles de nobles y cortesanos ornaxitas.

Estaba dispuesto que Evergren sería el tercer embajador en llegar hasta el trono del emperador y entregarle el regalo de la República Terrestre. Y dentro del regalo, una reproducción en miniatura del Moisés de Miguel Ángel en platino y brillantes, estaba la diminuta arma desactivadora del cerebro positrónico que movía el cuerpo semisintético del robot clon.

Cuando Ward disparase habrían transcurrido apenas seis horas desde que hubiese adoptado la caracterización de Evergren. Sería un momento crucial, tenso. Pero Aimarla le había prometido que ella estaría cerca e intervendría prestamente para evitar el pánico. Además, ella contaba con una pequeña guardia que actuaría rodeándole e impidiendo que algún fanático saltase contra el supuesto asesino del emperador si no se diese cuenta que quien acababa de caer no era un ser humano.

Aimarla le había prometido que antes de veinticuatro horas más tarde, él estaría a bordo de la misma Zelandia navegando hacia Tránsito Tres. Allí le esperaría el verdadero embajador y el regidor. El último habría puesto al corriente de lo sucedido a Evergren, que sería

despertado con la suficiente antelación para que a través de un video presenciase Io sucedido.

Todo estaba calculado.

Ahora los acontecimientos dependerían de él, de que su mano no temblase en el momento supremo.

El arma especial sólo disponía de una carga para desactivar el cerebro positrónico del falso emperador, que también disgregaría el cuerpo, abriéndolo y mostrando sus entrañas no humanas.

El capitán Coormar le anunció que aterrizarían una hora después.

Al cabo de ese tiempo, la *Zelandia* se posaba en la pista de honor del astropuerto.

Ward acababa de transformarse en Evergren y vestía el uniforme de gala del embajador.

Bajó de la nave y fue recibido por un general del ejército imperial.

Pasaron revista a una formación de la guardia y luego subieron a un suntuoso vehículo.

Partieron.

Escoltados por una flotilla de naves pequeñas se dirigieron a la capital del Imperio, una brillante ciudad, enorme y moderna.

Pero Ward ya sabía que alrededor de ella había una segunda ciudad, un intrincado y dantesco cinturón de barrios lamentables y humildes donde los desheredados de la suntuosidad imperial malvivían a costa de las migajas de la Corte Imperial, esperando recoger los desperdicios.

La comitiva, de todas formas, eludió pasar por los barrios grises y directamente se dirigieron al palacio, una granítica construcción roja y plata que se levantaba en una explanada de dimensiones grandiosas.

El palacio estaba rodeado de un ejército de seguridad y cientos de lujosos vehículos permanecían aparcados junto a la entrada.

Ward fue conducido por un maestro de ceremonias hasta la sala del trono, de unas proporciones que marearon al falso embajador. Allí

había miles de personas. Cada una ocupaba su lugar, según su categoría. Cerca del trono, situado sobre una plataforma a la que se llegaba después de subir por doce escalones de mármol negro, estaban los príncipes menores, condes y duques. Junto a ellos cientos de generales y almirantes, brillantes en sus uniformes de gala y cargados de condecoraciones. Las mujeres, bellas y provocativas, rivalizaban en belleza y riquezas. Ward fue sentado junto al embajador de Olofreh y el nervioso representante de la Federación Lateral, que le miró de soslayo y tal vez le hubiera hablado, de no temer que sus palabras fuesen captadas por los militares situados cerca.

Ward estudió el trono.

Los escalones eran cómodos de subir y delante de la silla de oro y jade que dentro de un momento ocuparía el emperador, había un sillón pequeño.

Seguramente, pensó, sería el que ocuparía la princesa Aimarla.

Tal vez el mariscal Rabz se situaría al pie de la escalinata. Las divagaciones de Ward se vieron interrumpidas cuando la gigantesca estancia se llenó de clarines.

Sonaron los compases del himno imperial y por la derecha aparecieron, marciales, dos columnas de rutilantes soldado de la guardia imperial.

Detrás marchaba un personaje que por la indumentaria que vestía debía ser el mismo emperador. Una mujer caminaba detrás suyo, a unos metros de distancia. ¿Aimarla?

Ward se tensó y sus manos apretaron la caja que contenía el regalo.

La medio abrió y sus manos enguantadas rozaron Ia abertura.

Tocó el arma y volvió a cerrar el estuche.

Respiraba con dificultad cuando Foxten III llegó hasta pie de la escalera y pausadamente fue subiendo los escalones. La mujer, cuyo rostro estaba cubierto por un velo, según la costumbre de Ornax, lo hizo cuando él se hubo acomodado

Entonces la princesa ascendió y se inclinó tres veces ante su hermano. Luego se sentó en el pequeño sillón.

De la guardia se destacó un hombre de tez cetrina y mirada profunda,

que se situó a la derecha de la escalera. Quedose quieto, como una estatua. Ward le reconoció. Era el mariscal Rabz, el hombre más poderoso del Imperio después del emperador. Tal vez debía decir que incluso más que el falso Foxten lll, precisamente por el hecho que éste era un ser artificial que él dominaba.

Volvieron a sonar clarines y en la sala el silencio se acentuó.

Un maestro de ceremonias, desde un rincón, empezó a nombrar los títulos del emperador, angustiosamente interminables para Ward. Luego se refirió al motivo de la ceremonia. Se cumplían diez años desde la coronación de Foxten y añadió que rogaba a los dioses del Imperio que concediesen sobre la imperial persona larga vida y gloria.

Luego el maestro de ceremonias dijo que los representantes de la Galaxia podían ir subiendo hasta el trono a medida que fueran nombrados.

Ward deglutió y movió los dedos de las manos. El estuche parecía arder.

Todo estaba resultando hasta el momento excesivamente fácil.

El único temor, de sufrir una exhaustiva revisión y comprobación de identidad al llegar al astropuerto, no se había consumado. Le creían el embajador Evergren.

Fue nombrado el embajador de Olofreh.

Ward le vio subir los escalones negros, detenerse a un metro del emperador, arrodillarse y entregarle un obsequio, que un chambelán se apresuró a recoger. Luego subió el vacilante representante de la Federación Lateral. Su permanencia cerca de Foxten fue mínima. El regalo fue tomado con desdén y pasado rápidamente al chambelán.

Entonces: entre un silencio que a Ward se le antojó glacial, el maestro de ceremonias exclamó:

—Embajador Evergren, de la República Terrestre.

Para Ward fue como si le hubieran sacudido con una corriente eléctrica.

Se puso en pie y caminó en dirección a los escalones, Se fue repitiendo: «No es un ser humano; es una máquina, una cosa a medias entre un robot y un clon, carne producida artificial mente partiendo

de células...»

Se encontró subiendo los escalones.

Estaba a mitad del camino,

Intentó cruzarse con la mirada de Aimarla, pero no pudo ver su rostro semioculto por el velo protocolario.

Alzó la cabeza y se enfrentó al rostro del emperador. Pareció mirarle con indiferencia. Le vio sonreír levemente. Se acercó más, subió los dos últimos escalones y empezó a levantar el estuche, Debía abrirlo y mostrar su contenido, cambiar unas frases de saludo con Foxten III y... ¡No, no era Foxten, sino algo que no tenia alma!

Tanteó dentro de la cajita y sus dedos tocaron la pistola, que como si tuviera vida se deslizó entre sus dedos.

—Señor embajador... —había empezado a decir Foxten, y Ward ya le encañonaba.

Apretó el disparador.

Atónito, Ward contempló como del diminuto cañón no salía un haz magnético, sino una amplia luz brillante, de fuego. Era un mortal dardo de láser.

El emperador saltó sobre su sillón y se derrumbó a los pies del trono. Manaba sangre por la enorme herida del pecho. Sangre auténtica.

Aimarla le había dicho que el disparo provocaría una demostración inequívoca de que su víctima no era un ser humano. ¡Pero estaba manando sangre! Y la carne que el láser había cortado era auténtica y olía muy mal.

Ward palpó el terrorífico silencio que se había alzado a su alrededor. Parecía como si los miles de seres que habían contemplado el magnicidio hubiesen dejado de respirar al mismo tiempo que Foxten.

Y miró hacia la princesa, interrogándola con una mirada angustiada.

Detrás del velo salió un grito y Aimarla retrocedió, protegiéndose detrás del trono.

Al hacerla su velo cayó y el rostro que escondía era desconocido para Ward.

Se volvió y vio que soldados de la guardia imperial se acercaban. Alguien contuvo a un oficial que estaba apuntando a Ward, impidiéndole que disparase.

—¡Lo quiero vivo! —gritó el hombre que había impedido que le disparasen. Pese a la confusión reconoció su rostro. Era el ministro Zerder.

Como si la escena que le rodeaba no fuese con él, Ward vio acercarse al mariscal Rabz, empuñando una pistola hacia él. De nuevo el ministro se interpuso.

—¡Ha matado al emperador! ¡Debe morir!

Pero Zerder le empujó y los soldados rodearon a Ward.

Le arrebataron la pequeña pistola y fue empujado. Descendió por los escalones casi en vilo.

Cuando le sacaron por una puerta pequeña del fondo de la sala, la multitud rugía. Un triple cordón de guardias contenía a la enfurecida marea de nobles y generales.

Aún tuvo tiempo Ward de echar un vistazo.

Media docena de nobles protegidos por soldados, sacaban el cuerpo del emperador, que dejó tras de sí un reguero de sangre.

—Aimarla, tengo que ver a Aimarla —susurró Ward, y una mano enguantada le golpeó en la boca.

Le metieron en una estancia amplia, le sentaron de un golpe en un sillón. De pronto sintió que sus manos estaban sujetas por unas esposas magnéticas. Otro par le inmovilizaron los pies. Escuchó que alguien decía que debían registrarle la boca, para impedir que ingiriese algún veneno.

Soportó una inspección bucal, volvieron a golpearle y un oficial dijo:

—No lleva nada más.

Dolorido, Ward levantó la cabeza. Vio delante a Zerder.

Entonces apareció Rabz, quien dijo:

—La multitud quiere la cabeza de ese hombre —y señaló a Ward.

—La tendrá a su debido tiempo, mariscal. ¿Y el emperador?

—Vaya a verlo usted mismo, ministro —ladró el mariscal—. ¿Cómo cree que estará medio cortado en dos a la altura del corazón? Ese perro usó el arma adecuada para una distancia corta.

Zerder se llevó la mano derecha a la cara. Musitó:

—No puedo creerlo. ¡El embajador de la Tierra un asesino!

—¿Le extraña? —masculló Rabz—. La República Terrestre debe estar muy asustada para atreverse a tanto.

—Pero, ¡es absurdo! Este hombre debe haberse vuelto loco.

El mariscal miró furiosa mente al ministro.

—Dígale a la gente que ha presenciado el magnicidio, que usted no cree que un representante de la Tierra sea el culpable, que debe haber una explicación y le harán pedazos. Miles de millones han visto lo sucedido. Y todo el Imperio de Ornax clama venganza.

Zerder no replicó. Bajó la mirada.

Ward lo escuchaba todo sin poder poner en orden sus ideas.

—Quiero ver a la princesa —dijo.

—¿Pretende demostrar que está loco? —exclamó el mariscal—. La princesa le estrangularía con sus propias manos. ¿Cómo se atreve a...?

—Un momento —dijo Zerder alzando una mano—. ¿Por qué desea ver a la princesa, embajador Evergren?

Ward sintió deseos de gritar que él no era el representante de la Tierra, pero tal cosa, además de no ser creída, no le haría librarse de la acusación de magnicidio.

Dentro de poco más de cuatro horas su rostro volvería a ser el mismo y las facciones de Evergren desaparecerían.

Pero ¿cómo decirles que él debía hablar a solas con la princesa?

—Tengo que tomar medidas, ministro —dijo el mariscal—. Ordenaré que las legaciones de la República Terrestre sean ocupadas y las flotas estén alertas. Creo que alrededor del palacio se está congregando una multitud sedienta de venganza y...

—No se extralimite en sus atribuciones, mariscal —dijo secamente Zerder—. No olvide que es la princesa Aimarla quien desde este mismo momento es quien…

Una voz estentórea gritó desde el fondo de la estancia:

—¡Yo sé lo que debo hacer!

Los soldados abrieron un camino hasta el lugar donde Zerder y Rabz permanecían frente a Ward.

—Alteza Imperial, no deberíais haber venido aquí —dijo Zerder—. La presencia del asesino de vuestro hermano puede perturbaros…

Ward movió la cabeza. Se sintió un poco mejor.

Tal vez Aimarla podría sacarle de aquel lío. Pero ¿por qué ella le había engañado?

¿O había sido ella le engañada?

Sintió un nudo en la garganta cuando consideró la posibilidad de que ella sólo le había usado.

Al mírar a la princesa, Ward gritó:

—¡Esa mujer no es Aimarla! ¿Qué significa esto?

Un rostro de mujer, alargado y de una belleza felina, le devolvió la mirada. Sus ojos brillaron en negro y los labios se torcieron cuando le escupió en la cara.

—Te haré pagar lo que has hecho, Evergren, sucio terrestre. Tu asqueroso planeta sabrá lo que es la furia de Ornax.

CAPÍTULO V

El asunto es confuso —dijo Zerder a la mujer.

—Ciertamente, señor —dijo ella.

Estaba pálida y por un momento Zerder se había sentido confuso ante el nerviosismo de su secretaria. No era de Ornax, sino de un mundo en los Ducados Galácticos. No comprendía por qué se había sentido tan profundamente impresionada por lo que había sucedido apenas hacía dos horas.

— Yala, se aproximan momentos difíciles.

—¿La guerra?

—¿Qué otra cosa puede esperarse? Es el instante de Rabz.

Quiero que convoques a todos los ministros y consejeros para dentro de seis horas como más tarde. Es precisa una reunión urgente.

El rostro de la mujer se iluminó brevemente.

—¿Confía en detener la declaración de guerra?

—Es muy difícil: pero debo intentarlo. Sobre todo, detener a Rabz. Pero ahora él es el hombre más poderoso del Imperio. Cuenta con el apoyo de Aimarla, la futura emperatriz.

Yala ayudó a Zerder a vestirse con una nueva túnica. La otra tenía manchas de sangre. Sangre del emperador. Yala acarició la túnica sucia. Sus dedos temblorosos recorrieron las partes rojas. Luego, de un impulso, arrojó la túnica al incinerador.

Al volverse notó la mirada preocupada de Zerder.

—Te veo nerviosa, Yala. Has regresado en mal momento de esas dos semanas que me pediste de descanso. ¿Dónde estuviste?

—En mi ciudad, señor. Está en un pequeño planeta de los Ducados...

—Ah, sí. Lo había olvidado. De todas formas debes serenarte. Todos debemos mantener la calma en estos instantes.

—Temo por mí, señor.

—No te entiendo...

—Los extranjeros serán mal mirados a partir de ahora en Xandur.

—Olvida eso. Tú eres mi ayudante más estimada —sonrió el anciano. Nadie te molestará en palacio. Ya sabes que puedes recorrerlo porque todo el mundo sabe que gozas de mi confianza. Si tienes algún

problema no dudes en comunicármelo. Por favor, Yala, ve llamando a todos los ministros y consejeros. Pero procura que Rabz no se entere.

Cuando Yala se quedó a solas corrió a asegurar la puerta de entrada a las habitaciones del ministro Zerder. Luego regresó a la sección de comunicación.

Se sentó delante del comunicador especial. Con él usaba una línea que no podía ser interferida. Dudó unos segundos. Luego, mordiéndose los labios, pulsó el código y esperó. Pese a usar el medio instantáneo la respuesta tardó unos segundos.

Una diminuta esfera parpadeó y un hombre apareció en su interior.

—Coordinador... —empezó a decir Yala.

—Lo sé todo. Las noticias han llegado aquí.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella frunciendo el ceño—. No puede ser. La retransmisión por televisión no ha podido llegar ya a la Tierra...

—Pero sí a Tránsito Tres —el hombre estaba muy serio, ligeramente tembloroso—. Desde allí me llamó el regidor.

—Es preciso que el verdadero Evergren aparezca y...

—Precisamente el regidor me llamó para comunicarme que apenas soltó a Evergren y éste se dirigía al astropuerto, unos desconocidos le han matado. Su cuerpo es un montón de carne negra, irreconocible.

—No...

—Sí, Yala, así es. Ahora el único Evergren es el que tienen prisionero acusado de magnicidio. ¿Cuánto tiempo tardará él en recobrar su aspecto? Es la única esperanza que tenemos ahora de evitar la guerra.

—No estoy segura, tal vez unas tres horas o poco más.

Pero dudo que le dejen con vida ese tiempo. El mariscal quiere un juicio rápido y una ejecución casi al mismo tiempo. Dice que eso calmará a la multitud.

—Si muere nada ni nadie podrá convencer a la Galaxia que no ha sido la Tierra quien ha asesinado al emperador...

—¡Ni ese hombre tampoco! —estalló Yala—. El creía que...

—El creyó lo que le dijeron, Yala —dijo el coordinador gravemente—. Y tú ya me entiendes. Oh, Yala, ¿cómo hemos caído en esa trampa?

Ella apretó los labios.

—Vamos, diga que cómo he caído yo en la trampa. ¿No es eso lo que quiso insinuar?

—No es momento de recriminaciones. Los informes pasaron por mí y yo lo planeé todo, de acuerdo con los datos que me proporcionaste. Aunque siempre me parecieron un poco fantásticos... Pero dejemos eso. Ahora debes intentar que ese hombre viva lo suficiente para que su verdadera personalidad quede al descubierto.

—¿Y luego señor?

El coordinador tardó unos segundos en responder, y cuando lo hizo su mirada no pareció querer encontrarse con los ojos de Yala.

—Confundir a Ornax. Tendrán que pensar en una conjura que no ha partido de la Tierra. Aunque Ward es terrestre vive desde hace mucho tiempo fuera de la República y nunca ha llevado una vida decente...

Furiosa. Yala cortó la comunicación.

Se quedó un momento mirando el globo vacío. Luego, sin poder dominar el nerviosismo que parecía aumentar a cada segundo, empezó a enviar mensajes a los ministros y consejeros. No esperó respuestas. Les serían entregados por los enlaces.

Salió de la habitación de Zerder y anduvo por los pasillos de palacio. Había soldados por todas partes. Algunos nobles formaban grupos que cuchicheaban entre sí. Pasó delante de una ventana. Aunque no podía oír nada a causa del grueso cristal, la ingente multitud que llenaba la explanada debía estar enronqueciendo, gritando tal vez pidiendo la vida del asesino.

Cruzó varias dependencias.

Los guardias miraban su insignia. Como colaboradora principal del ministro Zerder no podía ser detenida. Tal vez algunos se preguntaban si dadas las circunstancias aquella prerrogativa debía ser mantenida.

Llegó hasta donde se había reunido un apresurado tribunal militar que estaba deliberando sobre la suerte del magnicida.

Yala se volvió hacia la puerta de al lado. Allí dos soldados montaban guardia. Al otro lado estaba el embajador de la Tierra.

—Quiero entrar —les dijo resueltamente. Los soldados se miraron entre sí.

—Me envía el ministro Zerder. Precisa unos datos del asesino.

A Yala le asqueó en la boca el calificativo.

—Esto es irregular… —empezó a decir uno.

—¿Es que no veis mi insignia? —protestó ella—. Gracias a ella puedo hacerlo. Si dudáis preguntadle a Zerder —sonrió presagiando un funesto futuro a los soldados—. O quizás sería mejor que entréis ahí y preguntéis al mariscal si mi prerrogativa puede ser vulnerada.

Por toda respuesta uno de los soldados manipuló en el cierre y la puerta se abrió.

—Uno de nosotros estará presente, dama Yala —dijo.

—Ni lo penséis. Lo que me diga el prisionero será confidencial. ¿Lo han interrogado ya los componentes del tribunal?

—¿Para qué? Sólo están decidiendo si lo matarán dentro de una hora o de dos —rió el otro soldado—. Y creo que también la forma. Al pueblo le gustará una muerte dolorosa para el asesino del emperador, un digno preludio a los funerales.

Yala entró en la estancia.

Era una celda de seguridad, usada por los servicios de inteligencia del palacio. Estaba dividida en dos. Al otro lado de una barrera invisible, permanecía, sentado y ahora sin esposas, el embajador terrestre.

Al volverse y ver a Yala, exclamó:

—¡Princesa Aimarla!

Luego, endureciendo sus facciones y acercándose a la barrera, pero evitando tocarla, añadió:

—Maldita ramera, embustera. Me has engañado bien, me has utilizado. Y ahora vienes a recrearte con tu obra, ¿eh? Incluso pusiste tu cuerpo al precio por mi crimen. ¡Vaya princesa imperial!

—Lo siento, Ward.

—¿Lo sientes? ¿Me has convertido en el asesino de un emperador y dices que lo sientes? —estalló él.

—Puedes gritar cuanto quieras. Nadie te oirá al otro lado; pero te ruego que me escuches.

—¡Lárgate, princesa de las rameras!

—No soy la princesa Aimarla.

Ward soltó un juramento.

—¿No? Entonces... ¿La que se sentó junto al trono era realmente la princesa? —Ward se llevó las manos a la cabeza—. Creo que vaya volverme loco antes que me frían. ¿Qué endemoniada trama es ésta?

—Yo soy Yala Wolf, principal ayudante del ministro Zerder.

—Suplantaste a la princesa.

—Sí.

—Y me dijiste que yo sólo desactivaría a un robot con mezcla de clon.

—Es cierto. Yo estaba convencida —Yala se restregó las manos—. Oh, Ward, si tuviera tiempo te lo contaría todo. Pero no lo hay. La Galaxia se convertirá en un infierno si Ornax sigue creyendo que todo ha sido una conspiración de la Tierra.

—¿Y crees que puedo arreglarlo?

— Tú podrías.

—¿Cómo?

—Recobra tu aspecto, que todos vean que no eres el embajador Evergren.

—¿Eso salvaría mi vida?

Yala no quiso seguir mirando a Ward. El hombre abatió los hombros.

—Comprendo. No salvaría mi vida, pero podría evitarse una guerra.

—Existiría una posibilidad de que no murieras.

—No me hagas reír. Dime al menos qué papel juegas tú en esto.

Ella aspiró hondo.

—Te lo diré como prueba de que estoy desolada por lo sucedido, Ward. Soy agente de la Tierra. Llegué aquí hace unos años y conseguí ganarme la amistad del ministro Zerder.

—¿Y también su amante? —preguntó Ward con ironía llena de despecho.

—Es un buen hombre. Se convirtió casi en un padre para mí. Pese a ser extranjera, cree que procedo de un mundo de los Ducados, me quiere. Zerder siempre trató de evitar la guerra. Incluso ahora mismo lo está intentando...

Yala calló. La puerta se había cerrado. Zerder avanzó hacia ella.

—Me habían dicho que estabas aquí y no pude comprender para qué —dijo el ministro. En sus ojos podría leerse un profundo pesar—. No he podido evitar escuchar tus últimas palabras. Yala. Lo que has dicho me ha dolido tanto como la muerte del emperador.

—Lo siento, señor. Nunca he querido hacerle daño. Pero ahora que está aquí debe oírlo todo. Tal vez podamos evitar que el mariscal provoque la guerra...

Zerder estaba muy pálido.

Se llevó la mano a la frente y dio un paso en falso.

—Todo está perdido. La princesa ha otorgado plenos poderes al mariscal Rabz. Están deteniendo a los ministros y consejeros que tú habías convocado. Sólo me están respetando a mí porque...

—Con usted no se atreverán a nada, señor. Su prestigio es demasiado grande en el Imperio —dijo Yala con entusiasmo.

—Siempre había logrado tener apartado a Foxten de la aventura bélica a que le quería empujar el mariscal. No era un mal emperador. Me apreciaba. Tal vez por eso su hermana no se atreve a destituirme. Ni siquiera su amante, el mariscal...

Zerder vaciló.

Antes que Yala llegase hasta él caía al suelo pesadamente. Ella se inclinó sobre el ministro.

Al cabo de unos segundos alzó la mirada hacia Ward.

—Está muerto. Ward —dijo en un hilo de voz—. Le ha fallado el corazón. Ni siquiera ahora podrán revivirle los médicos. Ya lo habían hecho otras veces y le habían dicho que la próxima parada cardiaca sería definitiva.

Ward se arrodilló junto a la barrera invisible. Movió la cabeza.

Por un instante estuvo tentado de arrojarse sobre la mortal barrera.

Sabía que si lo hacía su cuerpo quedaría carbonizado. De pronto abrió los ojos.

Llamó a Ya la y dijo:

—Escucha, tal vez aún podamos hacer algo. ¿Puedes sacarme de aquí?

Ella le miró estúpidamente.

—¿Qué pretendes?

—Demonios, que si puedes bajar la barrera y luego alzarla.

Yala movió el cadáver del ministro. Sacó un anillo grande del dedo índice derecho.

—Algunas dependencias del palacio tienen barreras como ésta. Sólo Zerder, aparte del mariscal, dispone del dispositivo para anularlas. De todas formas no podrías salir de aquí. Fuera hay soldados.

—Por el dios que adores, Yala, sácame de aquí y lo iras comprendiendo.

Yala acercó el anillo a la barrera, ésta emitió unos débiles relámpagos y Ward la cruzó.

El terrestre se inclinó sobre el muerto y estudió su rostro.

Luego sus dedos empezaron a aprisionar su rostro, que todavía seguía siendo el de Evergren.

—Ward… —susurró Yala—. ¿Podrás?

—Es difícil sin espejo. Por lo tanto tú deberás decirme si lo consigo.

* * *

Ward sonrió cuando Yala asintió aprobadoramente.

—Por ahora es efectivo tu cambio. Eres casi igual que Zerder.

—Si consigo salir de aquí deberás mostrarme unos hologramas de él y perfeccionaré el cambio —Ward hizo un gesto de amargura, añadiendo—: Claro que me hubiese gustado imitar el rostro de un hombre más joven y guapo.

—¿Por qué?

—Oh, nada. Ya te lo explicaré más tarde… si me dejan.

Ward terminó de vestir con las elegantes ropas del embajador al cadáver, una vez que él vestía la túnica de Zerder. Entonces lo empujó al interior del recinto que había estado rodeado por la barrera. Dejó que unos flecos dorados del uniforme de diplomático quedasen fuera de la línea negra sobre la que caía la barrera. Entonces tomó el anillo y siguiendo las instrucciones de Yala volvió a levantar la barrera.

Yala se apartó un poco, horrorizada. Empezaba a comprender lo que

Ward tenía proyectado realizar.

Ward tiró del adorno. La tela empezó a arder. Siguió tirando y la cabeza de Zerder empezó a cruzar la mortal cortina energética.

El terrestre se tapó la nariz, atosigado por el penetrante olor a carne quemada. Cuando más de medio cuerpo de Zerder estuvo al otro lado, ennegrecido y pestilente, se alzó y corrió hacia la salida, gritando:

—¡Soldados! ¡El asesino se ha suicidado! ¡Ayuda!

CAPÍTULO VI

El mariscal Rabz resopló. Se alejó del irreconocible cuerpo y salió de la estancia. Allí preguntó a un aturdido oficial:

—¿Dónde está el ministro Zerder?

—Dama Yala le condujo a sus aposentos, señor. Está un poco mareado.

—Quiero ver inmediatamente a Yala Wolf.

—Sí, señor —dijo el oficial dando un taconazo y alejándose por el pasillo.

Rabz anduvo unos metros, tomó un tubo de ascensión y penetró en una habitación circular. Allí había una mesa también circular. Alrededor, media docena de hombres con brillantes uniformes se levantaron al verle entrar.

Rápidamente Rabz explicó:

—El embajador ha muerto —su gesto contrariado se hizo duro—. Ese cretino de Zerder estaba interrogándole cuando Evergren se lanzó contra la barrera energética.

El general Korlar, fanático seguidor del mariscal, bramó:

—¿Qué diremos ahora al pueblo? Necesitamos...

—¡Yo sé lo que necesita el pueblo! —gritó Rabz. Se sentó, miró a sus

ayudantes y después de resoplar, dijo más calmado—: Diremos que ha sido ejecutado. Esta noche trasmitiré un mensaje a todo el Imperio. No podemos desaprovechar un segundo. La gente está furiosa por la muerte del emperador. Es el momento de lanzamos contra la Federación Lateral. Mientras, la Tierra tendrá demasiado en qué ocuparse pidiéndonos disculpas y alegando que su representante sufrió una enajenación mental.

—¿Seguro que la Tierra no intervendrá si invadimos los planetas de sus aliados de la Federación Lateral? —preguntó un almirante.

—No intervendrá —afirmó Rabz—. Toda la Galaxia sabe que el embajador Evergren era partidario de unas relaciones más sólidas de la República Terrestre con la Federación. Seguro que la Tierra alegará que el embajador actuó por su cuenta, que el asesinato del emperador fue motivado por sus deseos de empujar a la Tierra a una guerra contra nosotros con el fin de proteger la Federación.

—Un poco enrevesada estimo que será la explicación…

—No daremos una pausa. Repito que esta noche hostigaré a todos los dominios del Imperio para que nadie dude que la guerra que comenzamos será una cuestión de honor. Los verdaderos culpables serán los mundos de la Federación. Si, como creo, la Tierra asustada por los acontecimientos y la repulsa de la Galaxia se mantiene al margen, una vez que hayamos obtenido la victoria contra la Federación, podremos lanzar una brutal ofensiva bélica contra ella. Luego no habrá nada en el Universo que se atreva a oponerse a los deseos del Imperio de Ornax.

—¿Y la princesa, la futura emperatriz? —preguntó Korlar. Rabz emitió una sonrisa truculenta.

—Ella está de acuerdo con todo lo que yo diga. No olvidéis que ha delegado en mí poderes especiales hasta que sea coronada. Pienso que la ceremonia puede ser postergada hasta que podamos ofrecerle también el título de Protectora de la Federación.

—¿El mensaje al pueblo?

—Toda la Galaxia se asombrará y algunos estados respirarán tranquilos. En realidad se sentirán satisfechos con el sacrificio de la Federación. Nadie quiere que la Tierra intervenga en una guerra. Nadie levantará un dedo para defender a los mundos de la Lateral. La princesa estará a mi lado y al final apoyará mis palabras.

Korkal se movió inquieto en un sillón y atrajo la mirada interrogante del mariscal.

—Aún queda el ministro Zerder —dijo el general—. El pueblo le aprecia. ¿Podríamos convencerle para que nos apoyara?

Rabz movió la cabeza varias veces.

—Ese viejo testarudo no accederá. Lo mantendremos al margen por algún tiempo. No podemos desligarle de su cargo como hemos hecho con los demás consejeros y ministros. Se le estima demasiado aún. Más adelante tal vez consigamos alejarle de la politica… e eliminarle si no comprende que su tiempo ha pasado. Con el entusiasmo de las victorias venideras sobre la Federación Lateral el pueblo no se percatará que el viejo líder, amigo íntimo del emperador, desaparece de la escena política…

Un soldado entró en la estancia, se cuadró y fue observado por el mariscal con un gesto iracundo.

—Señor, la princesa desea veros —dijo el soldado.

—Iré a verla en seguida.

—Espera fuera. Quiere veros a solas, señor.

Rabz hizo un gesto a los militares, quienes entendieron y se levantaron. La puerta se abrió y la princesa Aimarla entró caminando con la cabeza levantada, orgullosa. Todos se inclinaron ante ella, excepto Rabz, que le sonrió.

Los militares salieron y cuando la puerta se hubo cerrado, Aimarla preguntó al mariscal:

—¿Es cierto que el asesino de mi hermano se ha suicidado?

—Sí, cariño. Ese viejo Zerder, al parecer lo provocó.

— Yala Wolf estaba con él, ¿no?

—Sí.

— Ya sabes lo que tenemos que hacer con ella, Rabz.

—La he mandado llamar.

—Entonces la aguardaremos los dos —dijo Aimarla tomando asiento.

Lo hizo en el sillón principal que presidía la mesa.

A Rabz no pareció gustarle mucho aquello, pero no hizo comentario alguno. Caminó lentamente alrededor de la mesa, esperando.

* * *

Yala estaba terminando de mostrar a Ward la colección de registros que había en los aposentos de Zerder cuando recibió el aviso de que debía presentarse inmediatamente ante el mariscal Rabz.

—Ahí tienes diversos discursos del ministro ante el Consejo Imperial, Ward. Aprende los gestos de Zerder rápidamente. Por ahora hemos tenido suerte. La confusión originada por la muerte del asesino del emperador ha evitado que apenas te hayan prestado atención.

—Esto será más difícil que suplantar a Evergren —gruñó Ward—. Me gustaría que me dijeras cómo fuiste engañada. ¿Qué te hizo creer que el emperador era un androide o robot?

—Ahora no hay tiempo para explicártelo.

—Pero si estabais tan seguros, ¿por qué no podía disparar el mismo embajador? ¿Para qué buscar alguien que ocupara su lugar?

—Evergren fue interrogado mediante sondeos síquicos y su respuesta subconsciente fue negativa; nunca se hubiera prestado a disparar contra el emperador, ni siquiera sabiendo que no era un ser humano. Por eso decidimos buscar un hombre con tus aptitudes.

—Me gustaría también…

Ella le estampó un beso en la frente y se dirigió a la salida.

—Lo siento, pero ahora no hay tiempo. El mariscal me espera. Me preocupa su llamada. Date prisa. Tal vez dentro de poco él quiera hablar contigo acerca de la muerte del supuesto embajador. Y para entonces debes representar el papel a la perfección.

Ward movió la mano derecha a guisa de despedida y regresó su atención al video. Prestó toda su atención a la filmación de Zerder. Por algún tiempo tenía que ser el ministro, el suficiente para poder escapar del palacio y luego del planeta. Claro que quería que Yala le

acompañase. No podía dejarla allí.

* * *

Yala fue introducida en la estancia y su sorpresa fue enorme al ver que allí estaba la princesa, acomodada en una silla detrás de la mesa circular. A su lado permanecía de pie el mariscal Rabz.

—Adelante, Yala Wolf —dijo el hombre. Agitó en el aire su fusta, que Yala conocía bien. Era un arma peligrosa. A toda potencia podía destrozar un hombre... o una mujer.

Reponiéndose a la sorpresa, Yala hizo la obligada reverencia ante la princesa y esperó.

Rabz dio la vuelta a la mesa y, apoyándose en ella, dijo a Yala, mirándola directamente:

—Yala Wolf, creo que ha llegado el momento de que pongamos las cartas al descubierto. ¿Qué sucedió realmente?

—¿Señor?

—Vamos, no trate de hacerse la ingenua —dijo ásperamente la princesa.

—La princesa quiere decir que imaginamos que usted provocó la muerte del prisionero, incitando al ministro a llevar a cabo un interrogatorio que lo llevó a la desesperación. ¿Por qué, Yala?

—Sigo sin entender nada...

Aimarla golpeó con rabia la superficie de la mesa.

—Mira, muchacha. Estoy perdiendo la paciencia contigo, Desde que entraste bajo el servicio de Zerder sabíamos que eras una espía de la Tierra. Durante años te soportamos porque pensamos que algún día nos valdríamos de ti. Y llegó el momento cuando te hicimos creer que mi estúpido hermano era un robot que usaba Rabz para sus ambiciones.

Yala sintió un mareo y luego una rabia infinita. Había caído en la trampa, burda por demás, como una novata. Apretó los labios y

soportó la mirada, ahora burlona, de la princesa.

—Al hacerte creer esa patraña estábamos seguros que tú informarías a la Tierra y el paso siguiente sería destruir el supuesto robot delante de testigos. En la Tierra te creyeron y ordenaron que convencieras al ministro, pero al negarse éste buscasteis un actor que le representase. La princesa amplió su sonrisa a medida que el gesto de asombro de Yala aumentaba—. Sí, ese desgraciado que se suicidó al verse metido en un asumo tan feo como el asesinato de un emperador.

»EI siguiente paso fue liquidar al verdadero Evergren apenas el Regidor de Tránsito Tres le puso en libertad. Así, con su cuerpo irreconocible, la Tierra no podrá demostrar que su embajador fue suplantado. Obligaremos a la República Terrestre a ser testigo impasible de nuestra conquista de la Federación Lateral.

Rabz hizo un gesto de impaciencia. A veces, pensó, la princesa hablaba demasiado.

—Queremos que nos digas qué pasó en la celda para que el falso embajador se suicidase. Suponemos que ese desgraciado de Zerder no hizo nada, sino que tú lo maquinaste todo. Querías quitar la evidencia de que ese actor hablase, que dijese que tú, representando a la princesa Aimarla, le habías contratado, prometiéndole que sólo dejaría sin funcionamiento un perfeccionado robot clan. Oh, podríamos interrogar a Zerder, pero comprendemos que ese pobre viejo ha sido un juguete en tus manos. Tú lo has utilizado bien. Incluso usando su comunicador especial para poner al tanto de tus espionajes al coordinador de la Tierra.

Yala aspiró hondo, cruzó los brazos sobre el pecho y miró desafiante a la pareja.

—¿Para qué hablar? Vosotros lo sabéis todo, al parecer. Rabz miró a Aimarla.

—Princesa, creo que podemos dejar a Yala para mejor momento. Ya que nos falta una víctima para aplacar la sed de sangre del pueblo podemos utilizarla a ella más adelante, ¿no te parece?

La mujer asintió después de pensar un instante.

—Sí, pero debemos adoptar con ella medidas más seguras que con el asesino de mi hermano. Podría querer quitarse la vida también...

—Oh, no podrá hacerlo ahora. Será dormida y mantenida así el

tiempo que haga falta. Será una baza importante para nosotros. Si la Tierra abandona su neutralidad la usaremos para demostrar que el embajador Evergren no actuó Por sí mismo, impulsado por sus simpatías hacia la Federación Lateral. Disponemos de medios para hacerla confesar públicamente, reconocer su militancia con la Tierra y que espió para la República engañando a un pobre viejo como el ministro Zerder —sonrió—. Incluso ése sería un buen motivo para desprestigiar a Zerder, mostrándolo como un viejo chocho.

—Magnífico, Rabz. Me gusta que pienses rápido. Estoy deseando apartar cuanto antes a Zerder.

—Paciencia, princesa —dijo Rabz—. Ahora debemos terminar los preparativos para; esta noche. Recuerda que todo debe ser truculento y llenó de fervor patriótico. Enalteceremos a las multitudes. Y pocas horas más tarde nuestras flotas, que se hallan preparadas desde hace tiempo, partirán hacia los mundos de la Federación. Nos sobrarán voluntarios.

Rabz movió las manos rematando así sus palabras. Si el pueblo tenía algún recelo respecto a la princesa lo olvidaría aquella noche. Todo el mundo, pese a las miserias de amplios sectores de la población, haría causa común contra el enemigo.

Yala respiraba entrecortadamente. A una llamada de Rabz, unos soldados entraron. El mariscal les dio instrucciones especiales. Rodearon a Yala y la condujeron fuera.

A solas, Rabz dijo a la princesa:

—Mientras nuestras valientes naves rugen hacia los mundos de la Federación se celebrarán los funerales por Foxten III, Aimarla. El fragor de las batallas será una magnífica música de fondo para el entierro. ¿Supones, que luego será el momento indicado para anunciar nuestro compromiso?

La princesa miró torvamente al mariscal.

—¿Estás ansioso por convertirte en emperador?

—¿Por qué negarlo? Teniendo ya acceso a tu ilustre lecho…

—Ten un poco de paciencia.

Rabz la tomó por un brazo y la obligó a incorporarse.

—Escucha, Aimarla. No juegues conmigo. Tu hermano estaba dispuesto a expulsarte de la corte por tus depravaciones. Serás emperatriz gracias a mí, a mis planes. Sin mí no eres nada. Recuérdalo.

* * *

Ward se apartó del lector emocional terriblemente agotado. Buscó en el botiquín unos estimulantes y los ingirió. Luego deseó tener a mano una botella de licor, preferentemente terrestre o de Aldebaran.

Guardó el montón de hologramas y las cintas con los discursos e intervenciones de Zerder en el Consejo Imperial. El proceso nemotécnico había asimilado perfectamente la forma de comportarse del ministro.

Ward estaba seguro de representar a Zerder decentemente. Además, se dijo, no iba a ser por mucho tiempo; sólo el preciso para poder salir del palacio imperial con alguna excusa, Y en compañía de Yala correr al astropuerto. Si la nave *Zelandia* estaba demasiado bien vigilada y no podían abordarla, siempre quedaba la posibilidad de encontrar otra.

Se tomó una ducha relajante y luego vistió con las ropas más cómodas que encontró del ministro. Se alegró al descubrir una pequeña pero eficaz pistola láser y la guardó. También se apoderó de algún dinero y no se sintió culpable. Zerder estaba muerto y ya sabía que no tenía ningún pariente.

Se acercó al comunicador de los servicios y dijo al mayordomo:

—Busca a Yala Wolf y dile que venga a verme.

La voz del hombre tardó en contestar, y cuando lo hizo era titubeante, como si temiera una reacción áspera del ministro.

—Señor, dama Yala ha sido detenida por orden expresa del mariscal Rabz. Su impunidad ha sido anulada por la princesa.

Después de tragar saliva, Ward preguntó:

—¿Qué demonios ha pasado?

—Está acusada de espía y de ayudar al embajador terrestre en el

asesinato del emperador.

CAPÍTULO VII

Desde el lugar que le habían asignado, Ward se dijo que el escenario no podía ser más impresionante. Delante del palacio imperial, teniendo la inmensa plaza repleta de gente, de millones de seres como testigos, el mariscal Rabz ocupaba el lugar principal de la elevada tribuna. Detrás estaba la princesa, de pie al lado del trono vacío, como ministro Zerder, permanecía un metro más atrás.

Un triple cordón de soldados de la guardia imperial contenía a la multitud. Entre ella y la tribuna estaba el túmulo con el ataúd de oro de Foxten III.

Era de noche y todo el contorno estaba fuertemente iluminado, opacando las estrellas.

En el aire rugían cazas de guerra a cada instante, como si el mariscal quisiera hacer patente el poder bélico del Imperio.

Rabz lucía su más llamativo uniforme y resueltamente se adelantó hasta el borde de la tribuna, ante los micrófonos. Simuladas cámaras de video estaban recogiendo su imagen para transmitirla a todos los planetas de Ornax. Se decía que incluso la emisión podría ser captada desde Tránsito Tres y los demás mundos de los Ducados Galácticos.

El mariscal alzó las dos manos y el rugido de la gente cesó. Sonrió. Tenía el fondo adecuado, pensó. Sus agentes habían estado durante todo el día recorriendo la ciudad exaltando el patriotismo. La maniobra había dado resultado y aquella gente, ignorante la mayoría, gritaba hasta desgarrarse la garganta.

—Pueblo de Ornax —gritó Rabz. Hizo una pausa, hasta que un total silencio se hizo en la inmensa explanada. Su voz llegaba hasta el más alejado lugar de la ciudad—. Dentro de breves instantes el cuerpo de nuestro, amado emperador Foxten III será conducido al panteón de la dinastía. Su cuerpo bárbaramente lacerado por el arma, homicida de un asesino descansará, pero su alma no hallará paz mientras que su muerte no sea vengada.

Se elevó un rugido de rabia.

—El embajador de la República Terrestre, cegado por su equivocada fidelidad a la Federación Lateral, ha asesinado a nuestro amado emperador. El repulsivo Evergren pensó qué así lanzaría a la Tierra contra nosotros si nos atrevíamos a desafiarla. Pero no será así. Todos sabemos que los verdaderos culpables son los depravados seres que habitan en los mundos de la Federación Lateral. ¡Contra ellos tenemos que enviar nuestras fuerzas imperiales clamando venganza! Y si la Tierra se atreve en salir en defensa de sus malditos aliados también ella pagará las consecuencias, la ira de los hijos agradecidos a su emperador. Antes que ese ataúd sea sumergido en las entrañas de Xandur las flotas de guerra de Ornax partirán hacia la Federación. ¡Será la guerra! Una guerra que sólo cesará cuando los cobardes habitantes de la Federación opten por salvar sus miserables vidas solicitando la paz, ¡Foxten será vengado! Y su cetro será recogido por su hermana, la princesa Aimarla, la nueva emperatriz del glorioso imperio…!

Ward se llevó las manos a la cara, estremecido. Aquel loco, secundado por aquella mujer, iba a llevar al caos a la galaxia. Posiblemente la Tierra no se atrevería a acudir en ayuda de la Federación. Tenía a la opinión de la Galaxia en su contra indudablemente. Y aquellas vacilaciones serían aprovechadas por Rabz. Podía conseguir una rápida victoria contra la Federación, el Imperio se haría más fuerte y entonces la Tierra tendría que permanecer a la defensiva, sin posibilidad alguna de reacción. Y luego caería la República Terrestre.

La arenga de Rabz terminó en medio de un delirio ensordecedor. Ward se sintió mal. De buena gana no hubiera asistido a aquella representación multitudinaria. Sabía que el pueblo de Ornax estaba siendo nuevamente engañado. Las miserias de un amplio sector de la población serían olvidadas mientras la guerra durase. No faltarían voluntarios para la armada o los ejércitos invasores, Sobrarían soldados, que serian utilizados como carne de cañón. Los regidores del Imperio se librarían de un exceso de población al mismo tiempo que conseguían para su dominio más planetas y riquezas.

Se alegró enormemente cuando el féretro fue retirado y conducido a los sótanos del palacio, a la cripta de la familia imperial. La princesa se retiró primero y luego el mariscal, que parecía estar en un ambiente ideal recogiendo los vítores de la multitud.

Cuando al fin Rabz abandonó la tribuna y entró en palacio, Ward se acercó a él. Consiguió llevarlo a un rincón de los amplios pasillos,

repletos de militares eufóricos, y otros que caminaban un poco cabizbajos, pero que simulaban una alegría indudablemente falsa.

—¿Qué ha pasado con mi secretaria? —preguntó Ward. El mariscal le respondió primero con una sonrisa triunfal, y luego comentó:

—¿No le han dicho que es una espía de la Tierra? Tenemos sospechas fundadas para creer que ella promovió el magnicidio, ministro.

—¿Entonces también yo debo considerarme bajo sospecha?

—Oh, de ningún modo. Estamos seguros que usted fue utilizado por ella. Cuando dama Yala usaba su comunicador privado para enviar mensajes a Tránsito Tres e incluso a la Tierra, lo hacía sin su consentimiento. Vamos, ministro. No se preocupe más. Todos comprendemos que sus facultades están disminuidas últimamente y ha sido victima de un sucio engaño.

Ward sintió deseos de golpear a aquel hombre. Rabz debía odiar mucho al desgraciado Zerder, cuyo cuerpo ahora estaba siendo incinerado. Y más tarde sus cenizas serían esparcidas pensando todos que se trataba del magnicida.

—¿También mis demás colegas eran espías de la Tierra? —preguntó Ward—. ¿Y los consejeros?

—Oh, en estos momentos tantos dirigentes civiles serían un estorbo. Formaré un gabinete adecuado, de generales y almirantes. Es lo más apropiado. Claro que debemos mantener algún dirigente para asuntos internos y habíamos pensado en usted. Queremos que mantenga la paz en Ornax mientras dure la guerra, Zerder. Luego, cuando terminen las batallas, reconsideraremos la posibilidad de devolverle a su habitual cargo de primer ministro.

—Usted no cuenta con la fidelidad de todo el generalato y, mucho menos, con la mayoría de los oficiales, mariscal —dijo Ward secamente.

La expresión risueña de Rabz se esfumó. Una incipiente cólera apareció en su rostro.

—Si no fuera un viejo idiota le habría mandado a la prisión junto con ese hatajo de consejeros y ministros pacifistas. Pero haga algo que no sea de mi agrado y le aseguro que se arrepentirá, Zerder.

—¿De su agrado o del agrado de la princesa, mariscal?

—Digamos de los dos. La princesa y yo compartimos las mismas opiniones.

Ward pensó que también el lecho, pero semejante respuesta podía ser excesivamente atrevida en labios de Zerder. Por lo tanto se los mordió y dijo después de exhalar un suspiro:

—Supongo que Yala tendrá un juicio decente.

—¿Lo duda? —Rabz volvió a sonreír—. La justicia de Ornax siempre ha sido justa. Pero dudo que el veredicto sea otro que la última pena. Y el pueblo asistirá complacido a la ejecución.

—Quiero verla, mariscal. Rabz abrió los brazos.

—¿Quién se lo impide, ministro? Usted puede hacer lo que juzgue más conveniente, pero yo le aconsejaría que se olvidara de Yala.

—¿Por qué?

—Todavía el pueblo de Ornax le aprecia, pero dudo que siga sintiendo hacia usted semejante sentimiento si piensa que su nexo con la acusada podía ser algo más que el existente entre un ministro y su secretaria. ¿No le parece?

—Hace años deja de interesarme el sexo, mariscal.

* * *

Ward se acercó hasta el lecho donde estaba tendida, inmóvil Yala.

Los ojos de ella se movieron, mirándolo.

—¿Qué me han hecho? —preguntó angustiada.

—Te han inmovilizado para evitar que te suicides —susurró Ward. Al otro lado habían quedado los centinelas, pero presentía que escuchaban sus palabras. Añadió en un viejo idioma terrestre, confiando que Yala lo conociese—: Te lanzarán como carnaza al pueblo, querida —movió la cabeza y sonrió tristemente—. Maldita sea, debería odiarte por haberme metido en este lío, pero te quiero demasiado. Tengo que sacarte de aquí como sea.

Yala le había mirado sorprendida un instante, pero en seguida sonrió y le respondió en el mismo idioma.

—No sabía de tus habilidades lingüísticas, cariño. Te agradezco tus intenciones, pero sería mejor que intentaras huir mientras puedas.

—De ninguna manera lo haré sin ti.

—Pues alguien debe salir de aquí cuanto antes y avisar a la Tierra del ataque que proyecta el mariscal…

—¿Bromeas? —inquirió Ward—. Reprime tu sentido del humor ahora. ¡Rabz ha proclamado hasta el último confín de la Galaxia que atacará la Federación Lateral!

Yala sólo podía mover los labios y girar los ojos.

Levemente formó una mueca que parecía ser una sonrisa irónica.

—Oh, Ward os han engañado a rodos. Rabz y Aimarla se han mofado de mí hace poco, minutos antes que comenzaran los funerales y Rabz hablase al Imperio. Las flotas de Ornax no atacarán la Federación, sino que penetrarán en la República Terrestre y el primer ataque será precisamente en su centro, en la Tierra. Lo harán mientras las naves terrestres se dirigen a la Federación esperando órdenes de protegerla o no.

Ward retrocedió unos pasos.

Le hubiera gustado tomar entre sus manos a Yala, pero sabía que si hacía tal cosa sonaría una alarma que haría entrar a los centinelas.

Aspiró profundamente y dijo con gravedad:

—Te sacaré de aquí. Lo prometo.

Y ella, antes que él saliera, le dijo ansiosa:

—Avisa a la Tierra, por favor. Deben estar prevenidos, Pero Ward ya no la escuchaba.

Franqueó el largo pasillo y luego cruzó la entrada.

Los centinelas le devolvieron sus pertenencias, entre las que se encontraba su pistola. Mejor dicho, la que había sido de Zerder.

Ward regresó a las habitaciones privadas de Zerder. Allí, sentado ante

un espejo, contempló su rostro. Habían pasado casi diez horas desde que adoptó la imagen del ministro. Se llevó las manos a las mejillas. Debía reforzar el disfraz si no quería que éste se diluyese y su verdadera cara volviera.

Exhaló un gemido cuando notó que su carne no estaba flexible, como siempre ocurría cuando llevaba demasiado tiempo con un rostro distinto al suyo. Con nerviosismo se apretó la mandíbula y sus dedos, que siempre habían actuado en ella como las manos de un escultor, no consiguieron alterarlas.

Se abatió desalentado en el sillón.

Cerró los ojos y trató de comprender lo que estaba pasando. Sí, debía ser que había abusado de la plasticidad de sus carnes y éstas habían sufrido una mutación que le impedían ahora ser otro o recobrar su propio rostro. Se sintió alarmado. ¿Acaso estaba condenado a llevar aquellas facciones de anciano?

Se maldijo.

Había pensado convertirse en un ser anodino, salir del palacio y tratar de entrar en la nave del embajador, contarle al capitán Coormar lo que sucedía. Tal vez la *Zelandia* podía romper el cerco, salir al espacio y allí enviar un mensaje a la Tierra comunicando lo que le había dicho Yala.

Se golpeó la palma de la mano.

Se dijo que no debía lamentarlo. Si estaba condenado a ser el viejo ministro Zerder por más tiempo de lo que había pensado se aprovecharía de tal circunstancia. ¿No había prometido a Yala que la sacaría de allí? Pues eso haría. Pero antes...

Recordó que existía cierta resistencia en Xandur contra el mariscal y también contra la ambiciosa hermana del difunto emperador.

Indagó cautamente y supo que algunos ministros depuestos de sus cargos estaban aún en el palacio, alojados en unas habitaciones que, asombrosamente, no se hallaban custodiadas. Al parecer Rabz no les daba demasiada importancia.

Su memoria mnemotécnica fue recordando cada planta y sector del gigantesco palacio. Caminó por los lugares menos frecuentados. Al cruzar un pasillo elevado que dominaba una especie de patio de armas observó que un pelotón de soldados conducía a unos militares de alta

graduación a unos vehículos blindados. Estos no se movieron y quedaron custodiados por seis soldados. No eran de la guardia imperial, sino de las tropas especiales de asalto, que según tenía informes eran las más adictas a la política expansionista del mariscal.

Al doblar una esquina fue abordado por un hombre. Era de estatura mediana y algo grueso.

—Ah, Zerder. Al fin te encuentro a solas —exclamó el hombre.

Ward se tranquilizó. Entornó los ojos.

No lo recordaba. Al menos Zerder no lo tenía registrado y por lo tanto él no sabía quién era.

—Algunos compañeros comentan que tú estás ahora de parte de los traidores.

A Ward le habría gustado saber en aquel momento a qué traidores se refería aquel tipo. Incluso hubiese dado algunos años de su vida.

—¿Qué dices?

—¿Por qué no te han detenido a ti también como a los demás? ¡Incluso a los jefes de la guardia imperial los han quitado de en medio!

—Lo sé. Están en el patio del norte, encerrados en vehículos blindados —se atrevió a comentar. Habría resultado más sospechoso permanecer callado.

—Magnífico. Entonces ven conmigo. Algunos nos hemos reunido en un lugar que ni siquiera esos traidores conocen.

Ward cerró los ojos. Ahora empezaba a recordar. Aquel hombre era Iblanko, un gran amigo de Zerder, ministro de Armamento, que siempre se había opuesto a los despilfarros de Rabz, argumentando que el pueblo estaba más necesitado de otras cosas que la nota espacial de naves.

Se sorprendió mucho al verlo libre. Rabz odiaba profundamente a Iblanko.

Lo lógico sería que incluso hubiese ordenado su muerte.

—¿Cómo estás libre, Iblanko?

—Rabz cree que estoy fuera del palacio, ocultándome en la ciudad —sonrió divertido—. Pero otros y yo hemos conseguido eludir a sus soldados. ¡Ha traído tropas de su confianza y está desplazando la guardia imperial de los puntos clave!

—Lo sé.

lblanko condujo a Ward por un intrincado dédalo de corredores. No se encontraron a nadie durante un buen rato. Bajaron unas escaleras, el mármol dejó paso a la piedra desnuda y los primeros síntomas de humedad se hicieron patentes.

—Los sótanos —murmuró Ward sin percatarse de que el otro le podía oír.

—¿Qué mejor lugar? —dijo Iblanko—. Los viejos sótanos del palacio milenario de Xandur son desconocidos para casi todo el mundo. Rabz nunca ha puesto aquí sus asquerosos pies. Y mucho menos la altiva princesa.

Entraron en una habitación sostenida por arcos de piedra.

Unas lámparas eléctricas la alumbraban. Había una mesa y varios hombres sentados alrededor de ella. Reconoció a dos ministros más, tres ayudantes, dos coroneles y un general los tres de la guardia imperial.

Se levantaron cuando él entró y le miraron con poco entusiasmo.

Iblanko se les enfrentó.

—Está de nuestra parte. ¿Qué creíais? ¿Que el viejo Zerder iba a pactar con Rabz? No le conocéis bien, maldita sea.

—Le hemos visto por el video asistir a esa pantomima —masculló el general. Se llamaba Aramanta y hasta entonces había tenido a su cargo la disciplinada guardia imperial, orgullo de Ornax.

—¿Qué querías que hiciera? —le espetó Ward—. Me obligaron. Bastante comprometida está mi libertad para adoptar posturas heroicas. Incluso han detenido a mi secretaria, Yala Wolf acusada de espía.

—Puedes volver y matar de una cuchillada a Rabz —rió nerviosamente un ministro diminuto y asustado.

—Estás loco. Ya no puedo dejarme ver. Rabz me estará buscando.

—¿Por qué ahora?

Ward se sentó sobre la mesa, dominando con su estatura y altivez a los reunidos.

Los fue mirando lentamente y luego dijo:

—Hablé con Yala. Rabz y Aimarla le dijeron que el verdadero plan es atacar la Tierra y no la Federación. Usamos un viejo dialecto. Seguro que nos escuchaban, pero no pudieron entendemos. Pero esa charla es prueba suficiente para que me sometan a interrogatorio. Ya sabéis por qué no puedo seguir dejándome ver por el palacio.

—Ha dicho por video que será la Federación quien sufrirá el ataque —dijo Aramanta.

—Eso es lo que quiere Rabz que piense la Tierra y toda la Galaxia. Si la Tierra se decide a ayudar a la Federación dejará sus sectores indefensos y las naves del Imperio podrán alcanzar los mundos más importantes. Y sin duda y se limita a poner cerca de la Federación sus flotas, éstas no podrán regresar a tiempo para impedir que Rabz calcine la Tierra, y sin el mando central terrestre toda la República se hundirá y a continuación Federación los Ducados Galácticos los mundos Tránsitos y toda la galaxia, nada podrá parar ya a Rabz.

—Entonces ¿Rabz nunca pensó atacar primero a la Federación?

—Me temo que no. Este era su ardid principal, hacer creer que la Federación seria la víctima porque la República resultase un hueso muy duro de roer. Pero ya veis que no será así.

Los hombres abatieron sus hombros, desalentados.

—Estamos perdidos… —dijo Aramanta.

—Y la Galaxia entera —añadió otro—. Aunque el Imperio gane la guerra, quedará tan debilitado que el hambre y la miseria serán los dueños de conquistados y conquistadores durante muchos siglos…

—¿Qué podemos hacer? —gimió un coronel.

—Luchar —dijo Ward duramente.

—¿Luchar? —repitió, furioso, el general—. ¿Con qué?

—No os comprendo. ¿Para qué os habéis ocultado aquí? ¿Sólo para lamentaros y salvar vuestras cochinas vidas, que no valen nada?

—Zerder… —empezó a decir Iblanko enrojeciendo de ira.

—¡Cállate! —Ward se alejó de la mesa y los miró a todos con desprecio—. Vamos a luchar. Aún tenemos algunos poderes que usar. ¡Y los usaremos!

—Vamos, Zerder. Todo es inútil ya —dijo Aramanta, agitando las manos.

—No. Todavía están esperando el ataque sobre la Federación. Las naves del Imperio tardarán bastante en llegar hasta la Tierra. Podemos impedir el ataque.

Los hombres dejaron de mirarle como si se tratase de un lunático.

—Habla —le espetó el general.

CAPÍTULO VIII

En aquel patio elevado y al aire libre hacía frío. Los centinelas se liaron las capas fuertemente y siguieron caminando alrededor de los vehículos blindados. Resoplaban de vez en cuando y sus alientos gélidos formaban largas nubes blancas bajo la tenue luz de las lunas.

Una sombra surgió de las arcadas y se dirigió hacia ellos. Lo vieron en seguida, pero retuvieron su intención de apuntarle cuando descubrieron que vestía el uniforme de general de la guardia imperial.

El sargento al mando del pelotón rechinó los dientes. ¿Qué hacía aquel general de la guardia allí?

¿No le habían dicho que los oficiales de ese cuerpo habían sido relevados del mando?

Se hacía estas preguntas cuando el general llegó a su altura.

—Sargento, quiero que saque a los prisioneros —le dijo.

—General, yo… —el sargento no sabía qué decir. Era un día lleno de confusión. Los brillantes uniformes de la guardia imperial siempre habían inspirado respeto, y sobre todo si sobre éste lucían las insignias de general—. No puedo hacer nada. Estoy directamente bajo las órdenes de…

—De mí, sargento —replicó secamente el general—. Sáquelos.

El sargento recordó que su comandante le había dicho que los oficiales de la guardia imperial ya no tenían ningún mando, que todos dependían ahora del mariscal y…

Sus pensamientos quedaron rotos cuando sintió en su vientre un tremendo calor.

Abrió la boca para gritar y sólo lanzó un poco de aire. El general le sostuvo para evitar que cayese.

Extrajo la daga de fuego y lo apoyó contra la cabina del vehículo.

Dos soldados se estaban acercando.

Entonces de las arcadas surgieron más sombras.

Ahora no caminaban sigilosamente, sino que corrieron y dispararon al mismo tiempo sus armas silenciosas.

En menos de tres segundos los soldados de asalto cayeron, resonando en el pavimento sus metálicas armaduras.

Alguien se dirigió al vehículo más cercano y lo abrió. Gritó al interior:

—Vamos todo el mundo fuera.

Salieron oficiales y jefes uniformados con los trajes de la guardia imperial. Los asaltantes les rodearon y Amaranta les gritó:

—Quiero que todos busquen sus unidades —Iblanko fue repartiendo transmisores. El general los señaló, agregando—: Recibiréis órdenes precisas por medio de nuestra frecuencia especial. Serán enviadas por Zerder o por mí.

Salieron los demás oficiales del otro vehículo y Aramanta repitió las instrucciones.

Un general preguntó:

—¿Qué pretendemos con esto?

—Evitar la guerra —dijo Zerder a la defensiva—. Quien no esté de acuerdo con nuestra postura que lo diga ahora. Su vida será respetada, pero deberá ser encerrado hasta que esto termine.

—¿Y cómo esperan que termine? ¿Contra quién lucharemos?

Aramanta cruzó una mirada de indecisión con Ward, y éste con firmeza replicó:

—Lucharemos contra Rabz, y también contra la princesa Aimarla. Los consideramos los instigadores verdaderos de la muerte de Foxten.

—El asesino fue el embajador terrestre Evergren al servicio de la Federación… —empezó diciendo un comandante.

—Engañado por Rabz —dijo Ward mordiéndose los labios—. Estoy seguro de ello y podemos probarlo. Pero eso será luego. Ahora tenemos que actuar y conquistar el palacio, evitar que nadie escape. Entonces, apoderándonos de Rabz y Aimarla, los obligaremos a que envíen un mensaje deteniendo la flota de invasión —hizo una pausa y añadió—: Una flota de invasión que se dirige a la Tierra, no a la Federación.

* * *

lblanko le dio unas palmadas en la espalda. —Creí que no ibas a conseguirlo —dijo.

Ward revisó por segunda vez su arma y asintió en silencio. Luego, al cabo de un instante dijo:

—Ahora nos queda lo más difícil, amigo —se volvió para echar un vistazo atrás. Al otro lado del corredor quedaban cien soldados de la guardia imperial.

Delante, la puerta cerrada.

Una puerta de grueso acero. Caminaron hacia ella. Pulsaron el llamador y una voz resonó:

—¿Ministro Zerder? —mostró cierta sorpresa—. ¿Cómo es que todavía

no se ha presentado ante el mariscal? Le está buscando...

Ward deglutió. Así que, como había temido, Rabz le buscaba. ¿Tal vez irritado porque no había logrado enterarse de lo que dijo Yala en el viejo idioma de la Tierra? Pero seguramente presumía que la muchacha le había contado lo del ataque a la República Terrestre y ya había decidido que dejarle libre por el palacio era un peligro.

—Quiero entrar —dijo Ward—. Esperaré ahí dentro al mariscal.

—Ah, veo que le acompaña también el ministro Iblanko —dijo la voz —. Lo suponíamos en la ciudad. Avisaré para que vengan a buscarle.

—¿Es que va a dejarme aquí fuera como si fuera un criado? —estalló Ward.

—Oh, ministro. Discúlpeme, por favor —rió la voz, evidentemente divertida por la arrogancia de aquel hombre, que debía ya suponer caído en desgracia para siempre—. Le abriremos.

La sólida puerta se movió y al otro lado aparecieron algunos hombres con ajustados trajes de color verde y varios más atrás con los uniformes de las tropas adictas al mariscal.

Ward hizo la señal convenida a Iblanko y ambos sacaron al mismo tiempo sus armas. Empezaron a disparar.

Los hombres de verde retrocedieron asustados y los soldados se quedaron paralizados por la sorpresa.

Y aún se sorprendieron más cuando del fondo del pasillo llegó corriendo una masa de guardias, gritando y disparando.

Fue un torrente de fuego el que penetró en el recinto de control del palacio.

La lucha fue breve, pero cruenta. Todos los ocupantes del recinto fueron muertos y los asaltantes sufrieron más de diez bajas.

Ward dijo a Iblanko que actuase. El grueso ministro recorrió la serie de consolas con ansiedad. Se detuvo en una, humedeciose los labios y procedió a apretar diversos botones.

Luego se volvió triunfante hacia Ward, diciendo:

—Esta es, Zerder. Desde este control podremos cerrar todo el palacio en una infranqueable barrera. Nadie podrá entrar o salir mientras

nosotros dominemos el recinto de control. ¿Es el momento ya de accionar la barrera?

Ward levantó una mano pidiéndole un instante de calma.

Luego se dirigió al modelo a escala del palacio. Una cúpula dividida en cien partes lo cubría como una gigantesca tela de araña. Ward esforzó su almacén de conocimientos procedentes de Zerder. ¿Para qué estaba dividida la cúpula? Impaciente, Iblanko se acercó a él.

— Vamos, Zerder, ¿es que no te acuerdas? —dijo—. Ya sabes que podemos dejar un sector de dos mil metros cuadrados libres de la barrera. ¿Acaso piensas que es preciso?

El terrestre asintió. Aquello era lo que él deseaba. Dijo:

—Sí.

—¿Por qué? Es una medida de seguridad que el ingeniero que diseñó este medio de defensa hace cinco siglos lo incluyó porque pensó que los ocupantes del palacio deberían contar con un hueco libre de la barrera para escapar en caso de necesidad. Podemos dejar uno, a elección. Sólo nosotros sabremos cuál de los cien sectores será el que no tenga barrera energética.

Ward eligió uno. Iblanko, mientras se dirigía a la consola para activar la barrera, preguntó:

—¿Acaso piensas en una retirada si las cosas nos van mal? Ward no replicó. Se alejó hasta el fondo del recinto y se sentó delante de un comunicador. Asintió complacido. Era de frecuencia imposible de interferir. Recordó el código del *Zelandia* y...

En seguida apareció el rostro del capitán Coormar en uno de los veinte pequeños cubos situados sobre el panel.

Durante unos instantes, Ward le estuvo hablando, usando el mismo viejo idioma terrestre con el que habló con Yala.

Cuando regresó Iblanko, Ward ya había cortado la comunicación. El obeso ministro jadeaba ligeramente.

—Bien, ya estamos aislados. No podrán recibir refuerzos del exterior mientras mantengamos en nuestro poder este recinto. ¿Confías en vencer las fuerzas adictas del mariscal? Por los dioses, Zerder, nosotros no sabemos qué tropas trajo Rabz...

—Aramanta está reagrupando a la guardia imperial —replicó Ward.

Regresó al modelo del palacio. Ahora la tela de araña parecía vibrar.

Los cien sectores, excepto uno, brillaban.

—Y no permaneceremos a la defensiva, sino que atacaremos.

—¿Atacar? Creí que nos defenderíamos —Iblanko tragó saliva.

—El viejo dicho dice que quien da primero tiene ocasión de dar por segunda vez —rió Ward—. Y nosotros tenemos también que golpear por tercera vez.

—Nunca lo oí. ¿De dónde es?

Torvamente, Ward respondió:

—De la Tierra.

Y salió del recinto dejando a Iblanko confundido. Pasó delante de las sólidas filas defensivas de guardias y recorrió unos pasillos, hasta reunirse con un pelotón al mando de Aramanta.

—¿Y bien? —le preguntó al general apenas le vio llegar.

—Disponemos del control energético. El palacio está ahora cerrado totalmente. Ni toda la armada imperial, en el caso que estuviera en Xandur, podría atravesarlo. Ahora debemos dominar la mayor parte del palacio que podamos, asustar a Rabz y a sus colaboradores que están en el exterior.

Aramanta le escrutó ceñudamente.

—¿Qué miras? —le espetó Ward.

—No sé. Te veo diferente, Zerder. Desde que asesinaron al emperador estás cambiado. Diría que...

Ward lanzó una risa nerviosa.

—¿Más joven?

—Tal vez...

—Es posible que la lucha me traiga energías. En mi juventud fui un buen soldado. ¿Lo olvidaste? Sé luchar y aunque siempre fui pacifista

nunca me consideré un cobarde.

Ward aguantó una nueva risa, ahora de burla. Sabía que el ministro Zerder nunca había empuñado un arma, pero confiaba que el general no estuviera tan al tanto de la forma como transcurrió la juventud de Zerder.

Un oficial les comunicó que soldados de Rabz estaban atacando unas líneas defendidas por la guardia en el ala norte.

—Que resistan —dijo Zerder—. El ala norte carece de importancia. Nosotros estamos en el sur. Debemos atacar las alas este y oeste.

Aramanta le dirigió una mirada recelosa de soslayo.

—En el este está encerrada Yala, ¿no?

Ward reprimió una réplica airada.

—Por el momento me interesan más otros asuntos. Aramanta, tú debes atacar por las arterias principales hacia el oeste. Con este movimiento debilitaremos el ataque enemigo en el norte.

—¿Y tú?

—Ordenaré el ataque por el este —dijo Ward desafiante—. ¿Alguna objeción?

—Creo que no —suspiró Aramanta—. Sé que debo ir adonde tú dices. Allí dispondremos de algunas unidades de guardias que aún no saben lo que hacer. No podemos comunicamos con ellas.

Ward se despidió del general. Tomó un láser grande, se lo sujetó con las correas al pecho y luego permitió que un guardia colocase un casco con visor especial. Comprobó que el comunicador alojado en la oreja funcionaba, hizo un gesto y se puso al frente de cincuenta guardias imperiales y tres oficiales.

Minutos más tarde se toparon con la primera resistencia enemiga consistente en dos docenas de soldados. El combate fue breve y consiguieron vencerlos. Los pocos supervivientes lograron huir y Ward impidió que sus hombres les persiguiesen.

Bajaron unos pisos y entraron en unos dormitorios. Allí estaban dos compañías de guardias imperiales, totalmente armados y a la expectativa. Los oficiales se adelantaron para dialogar con Ward.

El terrestre, en su papel de ministro Zerder, les explicó lo que sucedía brevemente, concluyendo:

—Pueden hacer lo que quieran, pero Aramanta y otros muchos estamos luchando por la libertad del imperio. Queremos evitar la guerra.

Un comandante, altivo y joven, dijo:

—El imperio clama venganza, ministro Zerder. Usted siempre se opuso a la guerra. Debemos desconfiar de usted.

—¡La venganza no está luchando contra la Tierra y sus aliados, sino contra los que instigaron a muchas gentes para que Foxten muriera a manos de un desgraciado que fue engañado!

El comandante palideció y su mano buscó el arma que pendía del cinto. Entonces se escuchó un estampido y cayó. Un capitán le había disparado. Se adelantó a Zerder y dijo:

—Me llamo Chintoll, señor. Estoy de acuerdo con usted. Los propósitos del mariscal y de la princesa no deben estar muy claros cuando han hecho traer al palacio tropas regulares, desplazándonos a nosotros, la guardia imperial.

Ward respiró aliviado. Había contado con aquellas tropas. Si hubiera fracasado la lucha y sus posibilidades de victoria estarían confusas.

Ante los planos del palacio, Ward instruyó a los oficiales.

Luego las dos compañías se dividieron en seis grupos y salieron, armadas hasta los dientes, de los dormitorios.

Ward estaba impacientándose. Tenía que alcanzar el punto previsto cuanto antes. No tenía mucho tiempo. Alentó a sus guardias. Pero los soldados de Rabz le oponían cada vez más resistencia.

Se luchó de forma horrible en cada pasillo. Conquistar un salón requería tiempo y muertes.

Siempre delante, Ward se detuvo en seco. Estaba delante del gran espacio donde casi dos días antes se había celebrado la ceremonia y él mató al emperador. Sintió un estremecimiento. Allí, sobre las escaleras de mármol, estaba el trono imperial, vacío.

Por el fondo irrumpieron en el enorme recinto, haciendo resonar

metálicos ecos, varios vehículos pequeños. A bordo iban dos hombres de Rabz, manejándolos. Uno conducía y el otro se encargaba del cañón positrónico.

Ward gritó a sus hombres que se refugiasen. Pero aquel condenado salón, gigantesco, tenía pocos sitios donde un hombre podía refugiarse.

Los diminutos pero terribles cañones empezaron a disparar mientras los vehículos se movían hacia ellos.

Bolas de fuego eclosionaban en el aire, apenas a un metro del suelo. Pero varios guardias fueron consumidos en el horno atómico, que raudamente desaparecía.

Ward y ocho soldados se refugiaron detrás de las escaleras de mármol. Varias bolas de fuego estallaron al otro lado y hasta ellos llegó el horrible calor.

El terrestre usó el comunicador de su casco. Gritó:

—Aramanta, aquí Zerder. Estamos atrapados en el salón del trono. Nos atacan vehículos. Son unos veinte, pero no podemos hacer nada contra ellos, maldita sea.

—Deben ser unidades antidisturbios —escuchó decir Aramanta—. Rabz debió traerlas al palacio para usarlas por si la guardia imperial se le resistía. Son peligrosos, Zerder…

—¡Claro que lo sé! Nos freirán si tú no envías pronto ayuda. Deben llegar por el lado oriental del salón del trono, cuanto antes…

—¡Zerder! Nosotros también tenemos problemas. Nos hemos topado con cientos de soldados de Rabz en el oeste. Son más numerosos de lo que habíamos pensado.

—¿Qué piensas hacer?

—Atacarles por la retaguardia. Enviaré hombres a los sótanos y podrán sorprenderles. Pero no podré enviar a nadie en tu ayuda por el momento, Zerder. Resiste o retrocede.

Ward miró desalentado cómo sus guardianes corrían por el enorme salón perseguidos por las bolas de fuego. Los vio caer, a docenas.

Así no podían seguir, se incorporó y ascendió hasta el trono. Dos

guardias le siguieron sin preguntar. Desde lo alto disparó contra un vehículo. Su potente láser lo destruyó. Pero otros dos se acercaban y estaban disparando contra ellos aquellas malditas bolas que avanzaban con exasperante lentitud pero mortal resultado.

Ward siguió disparando mientras dos bolas corrían hacia las escaleras. Se elevaron un poco, pero oscilaron y no pasaron del quinto escalón. Entonces Ward gritó:

—¡Sólo actúan a casi ras del suelo!

Animó a sus soldados y más se le unieron alrededor del trono. Ahora disparaban contra los vehículos verdaderas cortinas de láser. Los soldados de Rabz se sintieron confundidos. Su superioridad se vio reducida a la nada. Fueron alcanzados cinco más y el resto emprendió la retirada.

Todavía lograron destruir un par más antes que se alejaran del salón del trono.

Ward y los otros guardias descendieron y los muertos fueron contados. Habían tenido demasiadas bajas. Envió algunos vigías al otro lado del salón.

Apenas habían recorrido una quinta parte del camino hasta el lugar donde estaba prisionera Yala y sólo disponía de un tercia de los guardias que tenía al principio. Y la resistencia enemiga sería a cada palmo más férrea.

Pero el lugar de la cita no estaba lejos. Pidió a sus hombres un esfuerzo, cruzaron el salón y anduvieron, siempre pegados a la pared, a lo largo de amplísimos pasillos. Allí el caos era enorme. Los lujosos muebles y tapices mostraban las consecuencias de encarnizadas batallas. Vio muchos cuerpos de criados, nobles y soldados de uno y otro bando. ¿Acaso habla habido anteriormente allí una batalla?

Cuando descubrió uno de los oficiales que rescataron de los vehículos blindados del patio comprendió que un comando había llegado hasta allí, pero que indudablemente fracasó. Tal vez usaron los sótanos para alcanzar tan distante lugar en el palacio, todavía dominado por Rabz.

Salieron al otro extremo.

Allí estaban las amplias terrazas.

Ward distribuyó a sus escasos hombres, copando lodos los accesos.

Luego alzó la cabeza para mirar hacia arriba.

Sobre ellos titilaba la barrera que en forma de media esfera cubría todo el palacio. La cúpula más alta estaba a más de mil metros de la barrera. Al otro lado vio centellear las luces de la ciudad. Seguramente en aquellos momentos millones de habitantes estarían contemplando con asombro la brillante cubierta de mortal energía que encerraba el palacio. Y seguramente también contemplarían los cegadores destellos de las cien pequeñas batallas que ocurrían en su interior.

Un sargento se le acercó. Tenía una ligera herida en el rostro, pero todavía aferraba su láser con determinación.

—Señor, me permito decirle que este lugar no reúne condiciones para defendernos.

Ward bajó la mirada del negro cielo hasta los ojos del sargento.

—Lo sé —dijo—. Pero debemos esperar. El sargento se retiró cabizbajo.

Entonces resonó en el casco de Ward la voz de Aramanta.

Estaba alterada.

—Zerder, Zerder. ¿Cómo te van las cosas? Ward se lo explicó.

Le dijo que estaban en la terraza principal del este.

—¿Qué esperas? Yo sigo pasándolo mal, condenación. Deberías regresar y unirte a mí —exclamó Aramanta.

Ward miró sus menguadas tropas. Con aquellos hombres no sería capaz de cruzar de nuevo cien pasillos y cincuenta salas.

—El ataque que lancé a través de los sótanos fracasó. No pudimos sorprenderlos por la espalda, Zerder —siguió diciendo Aramanta—. Debes regresar o no podremos sostener por mucho tiempo estos sectores y el enemigo terminará conquistando el recinto de control. ¿Sabes lo que significaría?

El terrestre asintió en silencio.

Claro que sabía lo que iba a suceder si el recinto donde estaba Iblanko se perdía.

La barrera sería bajada y Rabz podría recibir toda la ayuda que

necesitaba para barrer la insurrección del palacio en cinco minutos. Seguro que al otro lado de la barrera esperaban cientos de naves con miles de soldados llamados por el mariscal. Pero sólo existía un punto por el cual se podía penetrar en el palacio. Quien no lo supiera sólo tenía una probabilidad entre cien de no perecer desintegrado.

—Ordenaré la retirada dentro de diez minutos, Aramanta —prometió Ward, y cerró la comunicación. Luego anduvo unos pasos por la terraza, siempre mirando hacia las estrellas.

De pronto una de ellas alcanzó una magnitud mayor. Algunos guardias también lo vieron y se movieron asustados.

Pero Ward los calmó.

Cogió su láser y realizó varios disparos al aire con el foco de proyección abierto al máximo.

Parecía querer señalar algo. Y estaba indicando el lugar donde la nave podía aterrizar. La terraza era lo suficientemente amplia incluso para permitir el descenso de un acorazado.

Pero la nave era sólo un crucero de doscientos metros de largo. Su sistema antigravitacional evitó que sus poderosas patas de anclaje se posaran totalmente en las piedras de la terraza.

El sargento, pálido y desencajado, se acercó temeroso hasta donde estaba Ward. Miró hacia la nave y soltó una exclamación cuando reconoció el emblema de su fuselaje.

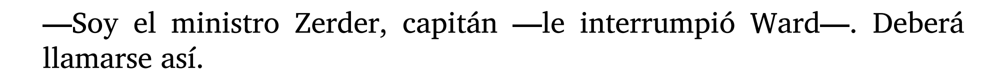
—¡Una nave de la Tierra!

—Son amigos, sargento. Ordene a sus hombres que permanezcan tranquilos y dígales que es la cita que yo esperaba.

El *Zelandia* se inmovilizó y unos segundos después se abrieron varias de sus escotillas. Por ellas empezaron a salir cientos de hombres con armaduras rojas de combate. Uno de los guerreros se destacó y avanzó hasta detenerse delante de Ward.

Pulsó un botón de su casco y la visera opaca se deslizó a un lado. Ward vio el rostro del capitán Coormar. Pero éste le dirigió una mirada confusa, aguzó la vista y dijo:

—¿Acaso es usted Ward...?



—Soy el ministro Zerder, capitán —le interrumpió Ward—. Deberá llamarse así.

—¿Y Yala Wolf?

—Ya le dije que está prisionera en una celda especial, inmovilizada.

—¿Por qué no la ha rescatado aún?

—Capitán, si el mariscal Rabz descubre que tengo demasiado interés en ella puede matarla o usarla como rehén. Nuestro ataque al lugar donde ella está debe ser fulminante —indicó sus menguadas fuerzas, que apenas llegaban a tres docenas de guardias—. Comprenda que con estos medios poco puedo hacer.

Coormar resopló.

—Está bien. El coordinador de la República me ordenó expresamente que debía hacer lo que fuera para evitar la muerte de Yala y de usted.

—¿Nunca intentaron apoderarse de la nave, capitán? Coormar replicó:

—Lo intentaron ayer, señor. Pero dispuse la barrera y se limitaron a rodearme. Apenas me llamó usted diciendo cuál era el punto de la barrera que rodea este palacio por el cual podía penetrar, cuando las fuerzas que me cercaban en el astropuerto se largaron. Seguramente están en las explanadas que circundan el palacio.

Las tropas terrestres se desplegaron a lo largo de la terraza. Los guardias imperiales las miraban con recelo.

El sargento se retiró y entonces Coormar preguntó a Ward:

—¿Es preciso que siga conservando este disfraz, Ward? Ward sintió una lacerante angustia. Asintió.

—Por el momento, sí. Todos me creen Zerder.

—¿Hasta cuándo?

Ward soltó una risa nerviosa. Intentó bromear.

—No lo sé. Tal vez le tome cariño a esta cara de viejo y la lleve siempre.

Coormer replicó con una carcajada que a Ward le sentó como una patada.

Al otro lado de la barrera cruzaron unas líneas de luz. Ward comentó:

—Naves de Ornax, esperando el momento de lanzarse sobre el palacio, apenas la barrera sea derribada —suspiró—. Creo que en estos momentos Rabz debe comprender que si quiere acabar con la rebelión de la guardia imperial debe conquistar el recinto del control. Capitán, usted debe enviar sus tropas, la mayor parte de ellas, a defender el ala sur. Advertiré al general Aramanta de su presencia.

Coormar miró adustamente a Ward.

—Estoy aquí para protegerle a usted y a Yala.

—No podrá proteger nada si no me hace caso, capitán.

Envíe a un par de cientos de sus hombres al ala sur. Use los sótanos. El sargento le guiará. A mí déjeme el resto de las tropas.

—¿Qué intenta hacer?

—Salvar a Yala es asunto mío.

Coormar tardó en responder:

—Está bien. Estoy deseando largarme cuanto antes de este maldito planeta —resopló—. Aunque cruzar de nuevo la barrera por ese estrecho pasillo sin energía me hizo envejecer diez años. ¡Es demasiado pequeño, señor!

CAPÍTULO IX

Después de proveer a Ward de una roja armadura, más eficaz contra los disparos láser, éste se puso al frente de doscientos hombres y los guió a través del palacio en dirección al este.

Ward ya había advertido a Aramanta que en su ayuda iba un destacamento de comandos terrestres. Soportó un chaparrón iracundo de Aramanta, que no parecía muy feliz por la intervención de aquellos soldados.

El terrestre le calmó diciéndole que no era el momento para remilgos.

Los comandos de la Tierra sólo querían ayuda. Apenas rescatasen a Yala se marcharían. Aquello hizo pensar al general; formuló preguntas que Ward no deseó responder. Al cabo de un tenso silencio, Aramanta preguntó:

—¿De veras es usted Zerder?

Ward no contestó. Cortó la comunicación. Aramanta podía pensar que se le había averiado el comunicador. Eso era mejor que admitir que él no era Zerder. Aramanta estaría demasiado ocupado en luchar y tal hecho le evitaría pensar demasiado.

Mientras caminaba al frente de los comandos terrestres se permitió una sonrisa. Aquel viejo soldado no era ningún tonto y sospechaba que él no era Zerder.

La eficacia de los terrestres en una lucha dentro de las molestas limitaciones de un recinto era superior a los guardias imperiales. Las resistencias de Rabz fueron cayendo rápidamente ante el ataque eficaz de los comandos de la *Zelandia*.

Empero tardaron más de una hora en alcanzar la zona donde estaba la celda.

Ward miró con precaución por la esquina de un corredor.

El suelo estaba lleno de escombros y algunos cadáveres desperdigados indicaban la fiereza de la lucha.

Un oficial terrestre se le aproximó.

—Señor, estamos rodeando el lugar que usted nos indicó. ¿Qué debemos hacer? Suponemos que hay más de veinte soldados enemigos defendiéndolo. Si queremos llegar al otro lado no queda otra alternativa que un asalto directo.

Ward se mordió los labios. Un asalto directo equivalía a la muerte de un montón de comandos.

El no deseaba la muerte de muchas personas. Pero no había otra alternativa.

Se levantó, revisó su arma y dijo:

—Yo iré delante. Que sólo me sigan los que quieran. El oficial le miró incrédulo.

—Somos comandos y sabemos lo que hacemos. El capitán nos dijo que le siguiéramos, señor.

De tres puntos distintos surgieron sendas oleadas de atacantes.

Desde la defensa respondieron con disparos a discreción. Ward avanzó disparando, sintiendo ráfagas de calor pese al acondicionamiento térmico de su armadura. Una vez recibió una descarga en pleno pecho, pero el metal lo absorbió, se rehizo y siguió adelante.

Saltaron sobre los improvisados parapetos enemigos. Vio delante dos asustados soldados. No llevaban armadura y les disparó. Pasó por encima de sus cuerpos destrozados. Casi resbaló en un charco de sangre. Se detuvo al encontrarse delante de la puerta cerrada de la celda donde habían dispuesto el cuerpo inmóvil de Yala.

Saltó la cerradura de un disparo, pateó la puerta y entró. Ward soltó un gemido.

La estancia estaba desierta. La recorrió frenético. Se apoyó contra una pared y jadeó. Entró el oficial y varios comandos.

—¿Y bien, señor? —le preguntó. Sonrió y añadió—: Combate usted muy bien para su edad, señor; le felicito.

Ward se enderezó. Estuvo a punto de maldecirlo.

—Salgamos.

—¿Dónde vamos ahora? ¿Nos reunimos con el otro grupo?

—No. Seguiremos adelante. Estamos cerca de las habitaciones imperiales. ¡Tienen que haberla llevado allí!

* * *

—¡Zerder, Zerder! —bramó la voz de Aramanta.

—Zerder a la escucha —dijo Ward intentando salir de su anonadamiento.

—No podemos aguantar más. Y esos refuerzos no llegan, y Iblanko asegura que si no se detiene el ataque contra su sector caerá el recinto

de control. ¡Y fuera esperan un millón de soldados de Rabz!

—Te llamaré dentro de un minuto.

Movió el conmutador y conectó con la línea de Coormar.

—Capitán, ¿qué le ocurre?

—Lo siento, señor. Pero no puedo seguir adelante. Todas las comunicaciones con los otros grupos están cortadas. Siento decirle que tendrá que retirarme. He perdido muchos hombres. Regresaré a la terraza. Y le aconsejo que esté allí para entonces. Procuraremos huir mientras podamos. No será difícil atravesar el enjambre de naves enemigas. Podemos sorprenderles y...

—¿Huir, capitán? Si el recinto de control cae...

—Lo sé, señor. Será imposible la defensa en este maldito palacio. Le doy media hora, señor. Le espero en la terraza. Lo siento.

—Pero, Yala...

—Mis órdenes tienen un límite. ¿Es que no ha llegado hasta la celda?

Ward explicó que allí no estaba y presumía que podía encontrarse en las estancias privadas de la princesa.

La voz congestionada de Iblanko intervino diciendo:

—Zerder, esto está perdido. En unos minutos estarán aquí. Ward se mordió los labios antes de pedir:

—Por los dioses, Iblanko; utiliza los controles, que no puedan derribar la barrera.

—Ojalá eso fuera efectivo. Es imposible el bloqueo... La voz débil de lblanko cesó. Ward apretó los puños y dijo a Coormar:

—Está bien, capitán. Dentro de unos minutos procuraré estar en la terraza. Si no es así, buena suerte.

Se levantó e indicó a varios comandos que le siguieron. Tal como suponía, aquel sector estaba fuertemente defendido. Por dos distintos caminos fueron rechazados. Entonces Ward encontró un tubo que descendía. Se precipitó por él y al volverse vio que le seguían veinte comandos. ¿Eran los últimos que le seguían? Se preguntó si los demás estaban emprendiendo la retirada hacia la terraza. No podía saber

nada. Desde hacía un rato el avance se había convertido en un caos y la tropa se había dividido en múltiples grupos.

El tubo terminó en las cocinas. Todo estaba destrozado.

Más allá, a través de unas trampas, entraron en los sótanos. Ward intentó recordar el intrincado dédalo de húmedos corredores. Si no estaba equivocado existía un viejo camino que conducía a las habitaciones privadas de la princesa.

Ascendieron por unas gastadas escaleras, tal vez más de doscientos tramos. Llegaron cansados hasta un rellano. Arriba había una puerta de acero mohoso, cerrada.

Ward la empujó. Asomó la cabeza en una estancia de mármol. Había muebles tirados por el suelo y un espeso humo danzaba pesadamente en el aire.

Rodó por el suelo y con el arma presta se aseguró que no había nadie. Entonces indicó a sus comandos que salieran.

Los veinte terrestres se distribuyeron alrededor de la salida. El silencio era total y Ward notó algo extraño.

Divisó lujosas cortinas y una suntuosa cama de alabastro. ¡Aquélla era la estancia de la princesa, su propio dormitorio!

Antes que pudiera gritar a sus hombres que se cubriesen, del techo descendió una esfera blanca que se tornó roja súbitamente y estalló a continuación.

Una oleada de fuego cayó sobre los hombres. Ward se sintió empujado a varios metros de distancia. Se ahogó dentro del casco. El sistema de aire había fallado. De un manotazo se lo quitó, tosió y miró horrorizado cómo la mayor parte de los comandos caían al suelo convertidos en antorchas humanas. Sólo cinco o seis se libraron del huracán ígneo, pero después de unos pasos vacilantes se derrumbaron en el suelo.

Ward sintió mareos y lo último que vio fueron figuras que avanzaban hacia ellos. Eran soldados de Rabz.

CAPÍTULO X

No perdió el conocimiento por completo. A través de un espeso velo se sintió cogido por varias manos y tirado a un rincón. Otros cuerpos cayeron a su lado, desmadejados.

Escuchó una voz que decía:

—Mirad bien. Es posible que uno de ellos sea Zerder. El prisionero que capturamos nos dijo que un ministro de Ornax estaba al mando de los comandos terrestres que atacaban este sector.

Era la voz de Rabz.

Desde el suelo, Ward le miró.

El mariscal caminaba complacido delante del montón de seres inanimados, tal vez muertos la mayoría.

Una bota le dio la vuelta y un soldado se inclinó para verle el rostro. Al mismo tiempo, oyó que la princesa Aimarla ordenaba:

—Matadle en seguida. No quiero que ese traidor viva un segundo más.

Ward estaba aprisionado por el cuerpo de un comando. El pobre hombre tenía las piernas quemadas.

No podía moverse. El rostro del soldado que le miraba se retiró y movió la cabeza negativamente, ante la sorpresa de Ward.

Prestó su atención al hombre que le mantenía inmóvil. Lo volteó y Ward quedó libre.

Sus manos rozaron la fría culata de una pistola láser. Seguramente pensaban que todos eran cuerpos muertos. Aferró el arma.

—Ninguno de los que puede vérseles el rostro es el ministro, mariscal, —dijeron los soldados.

—Acabad con esa bazofia —gruñó, con marcado enfado, el mariscal.

—Pero, señor, todos están muertos… —empezó a protestar el hombre.

—¡No me repliques! Quiero que termines de quemarlos y luego sacadlos de aquí.

Eran tres soldados los que aprestaban sus armas para rociar el montón de cuerpos.

Entonces Ward comprendió que no podía seguir fingiendo más tiempo.

Adelantó su mano armada y disparó en abanico.

Los tres soldados cayeron en abanico. Otro se percató de lo que sucedía y se revolvía cuando Ward hizo nuevos disparos. Le destrozó la cabeza y saltó a un lado. Rabz estaba disparando, pero erró el blanco.

Medio aturdido por el calor, Ward rodó un metro por el suelo y apuntó atropelladamente contra el mariscal, mientras más allá la princesa gritaba clamando por ayuda.

Ward alcanzó al mariscal en la muñeca derecha.

Su arma se escapó y Rabz se aprisionó con la otra mano la herida. El miembro herido casi le colgaba.

Gritó a Aimarla cuando intentaba salir de la habitación:

—Quieta ahí.

Pero Aimarla ya había alcanzado la cortina y de un tirón la hizo caer.

Detrás de ella estaba Yala, con unas esposas energéticas en las manos y una mirada de sorpresa al verle.

—¡Ward!

Y al mismo tiempo, Aimarla, apuntando a Yala con un lanzador de dardos, avisaba a Ward:

—Si das un solo paso atravesaré en cien sitios a esta mujer. Suelta la pistola.

Ward titubeó.

Pese a la distancia podía ver el dedo de la princesa sobre el frágil gatillo. Una leve presión y cien dardos saldrían disparados en tres segundos. Yala quedaría acribillada. Soltó la pistola.

El mariscal se arrastró por el suelo, sujetándose el brazo herido y dejando atrás un reguero de sangre. Gimió:

—Necesito un médico. Me vaya desangrar... Aimarla le dirigió una mirada fulgurante.

—Así deberías acabar, estúpido. Todo ha sido por tu culpa. No has sabido dominar la situación cuando nos era más propicia.

—Por favor, Aimarla, querida. Quiero que llames a un médico que contenga la hemorragia. ¡Tengo que estar consciente para cuando mis almirantes me llamen anunciando que están a la vista de la Tierra! Esperarán mis órdenes. ¡Tenemos la victoria al alcance de la mano!

Aimarla soltó una carcajada despectiva.

—Querrás decir que yo soy quien tengo la victoria, Rabz. Ahora, con la barrera derribándose habiendo conquistado el recinto de control, los refuerzos irrumpirán y terminaremos destrozando a los rebeldes. ¡Pero el palacio ha quedado medio destruido y esto te lo deberé a tu ineptitud! Por mí puedes perder hasta la última gota de tu sucia sangre.

Rabz dobló las rodillas. Estaba intensamente pálido.

Gimoteó:

—Por los dioses, querida... Yo...

Ward adelantó un paso y el disparador de la princesa se agitó en dirección a Yala Wolf, quien seguía mirando con los ojos muy abiertos al actor.

Ward se detuvo, pero empezó a emitir una sonrisa.

—Tú también estás perdida, princesa.

—¿Qué dices, perro terrestre? Voy a matarte en seguida y...

—Espera. Las fuerzas terrestres fueron avisadas a tiempo. Cuando los almirantes te llamen solicitando tu permiso para atacar la República Terrestre te dirán también que están rodeados por las flotas de la Tierra y sus aliados. Si no solicitan una tregua y retroceden, serán aniquiladas las orgullosas naves de Ornax. Pero creo que tus almirantes serán sensatos y discutirán las condiciones de un armisticio.

Aspiró hondo y agregó, recalcando cada sílaba:

—Y sin tu consentimiento, princesa.

—Bah. Eso es un farol. Ese traidor de Zerder no ha podido enviar un mensaje tan lejos desde el recinto de control —rió Aimarla.

—Pero yo lo hice a la nave *Zelandia*, y desde ella el capitán Coormar transmitió un mensaje instantáneo a la Tierra. Las naves de Ornax están siendo interceptadas.

—¿Cómo que has sido tú? —la princesa frunció el ceño—.

¿Quién eres? Dímelo antes que te mate, asqueroso terrestre.

Ward sintió un estremecimiento. ¿Cómo es que no le reconocía?

—Por los diablos. Soy Zerder. Bueno, al menos para ti. Aimarla soltó una carcajada.

Yala se movió, aprovechando la distracción momentánea de Aimarla. Una docena de dardos se estrellaron en el suelo de mármol donde ella había estado un segundo antes. Ward echó a correr hacia la princesa, pero con horror vio que ésta apuntaba de nuevo a Yala. Y nada, ni él, podía evitar el segundo disparo.

Excepto...

Una figura vistiendo una armadura roja saltó a la estancia y efectuó un disparo largo contra la cintura de la princesa. No tuvo tiempo de apretar el disparador. No salió ningún dardo. Cayó en dos al suelo.

Ward tuvo que apartar la vista.

Cuando la volvió vio que el comando recién llegado alzaba la visera de su casco y la cara de Coormar le sonreía. Resopló y dijo:

—Vaya, parece que he llegado a tiempo, Yala Wolf. ¿Estás bien?

La mujer asintió y corrió hacia Ward.

El capitán miró la escena sin comprender.

—¿Dónde está el ministro Zerder? Me dijeron, cuando acudí aquí que se había llevado un pelotón de hombres a través de los sótanos...

Ward fue a responder, pero Yala se le adelantó.

—Murió —señaló el montón de cadáveres calcinados—. Cayó en una trampa y pereció con todos los demás. Sólo este hombre salió con vida y me salvó primero de la princesa.

Coormar miró ceñudo a Ward.

—¿Quién eres tú? No te conozco... Ward no supo qué responder.

Esperó que el capitán no pudiera conocer a todos sus hombres.

—Llevo poco tiempo en su unidad, capitán.

—Eh, déjense de discutir.

Coormar asintió.

—Tienes razón, Yala. Ya he perdido mucho tiempo. La barrera está perdiendo intensidad y tengo formado un cordón de seguridad hasta la terraza donde está la *Zelandia*.

El capitán descubrió la figura sangrante del mariscal.

—¿Está muerto?

Yala negó con la cabeza.

Entonces Coormar llamó a unos hombres, que desplegaron una camilla. Les dijo que debían conservarlo con vida. Tendría que responder de muchas cosas cuando las cosas se calmasen.

De camino a la nave terrestre, Ward preguntó:

—Siento la muerte de Evergren. Era un buen Jugador de ajedrez, aunque últimamente perdía muchas partidas conmigo.

Ward se pasó la mano por la cara.

La tenía sucia, desde luego, pero era incomprensible que Coormar no le hubiese identificado como el ministro Zerder. Al pasar delante de un espejo se volvió y casi estuvo a punto de gritar al ver reflejada la cara familiar, la suya propia.

* * *

La barrera todavía parpadeaba cuando la Zelandia se elevó y alejóse del palacio. Aunque habían cientos de naves sobrevolando el palacio, debido precisamente a tanta concentración les fue fácil atravesar aquel

cerco. Seguramente a bordo de las naves existía una enorme confusión. Cada comandante debería estar esperando algunas instrucciones concretas.

Alejándose de Xandur, Coomar dijo:

—Decidí ir al sector donde luchaba Zerder cuando comprendí que resultaba imposible ayudar al general Aramanta o al hombre que defendía el recinto de control. Pensé que tal vez anulando al mariscal y la princesa podía crear cierta confusión y permitir a la guardia imperial resistir el tiempo suficiente, hasta que al Imperio llegasen noticias que las flotas de invasión enviadas a la Tierra estaban cercadas.

»Aún resisten algunos generales y consejeros adictos al fallecido Foxten. Confío que ellos se hagan con el control del Imperio. Las fracasadas flotas de invasión regresarán y es posible que la guerra sea evitada.

Ward entró en el camarote privado del capitán. Se había lavado un poco y sonrió alegre.

—Sigo opinando que usted no es uno de mis hombres —masculló Coormar mirándole fijamente—. ¿Quién es realmente?

Yala dijo:

—Un agente nuestro en el palacio.

—Pero vestía una armadura de las nuestras...

—La tomó de un caído.

Coormar se volvió enfadado hacia la muchacha, dejando de mirar a Ward.

—Yala, aquí hay algo que no me gusta y desearía ciertas explicaciones...

—Déjalo, Coormar. Ahora será mejor que regreses al puente de mandos y nos saques de aquí. Hasta que no abandonemos el Imperio no estaremos tranquilos todos. Ah, este hombre y yo te agradeceremos que nos cedas tu camarote durante la travesía.

—¿Es una orden acaso?

—Tómala así. Pero yo te daré las gracias.

—Pero ¿quién es ese tipo?

—Digamos que alguien que sin su ayuda no habríamos conseguido enderezar un asunto que se estaba torciendo excesivamente.

—Llámeme Ward Bertram, capitán —dijo el actor tendiendo una mano al capitán.

Este se la estrechó y sonrió.

—No puedo obligarles a que me cuenten la verdad, pero creo que usted ha luchado como el mejor de mis hombres, amigo. Bienvenido a bordo.

Ward sonrió interiormente.

¿Para qué decirle que ya había estado en la nave?

—¿Sabe jugar al ajedrez?

—Sí, pero estoy seguro que me ganará ocho de cada diez.

—¿Cómo está tan seguro?

—Digamos que es una intuición.

Coormar se marchó después de volverse tres veces para mirar hacia atrás.

A solas, Yala se abrazó a Ward.

—Cariño, dime si éste es el rostro que te gusta.

—Es el de Ward —dijo ella. Le miró a los ojos—: Había estado temiendo que el exceso de horas con la cara de Zerder te hubieras visto condenado a llevarla siempre.

—¿Acaso te habría disgustado mucho? ¿Me habrías rechazado por ella?

—Prefiero no contestar. ¿Qué crees que pasó?

—No lo sé. Ni yo mismo puedo explicármelo. Estoy confundido —Ward se tocó un pómulo. Su carne excepcional no cedió. Se alarmó.

—¿Qué sucede? —preguntó Yala.

—Creo... Creo que he perdido mi habilidad de modificar mi rostro. Abusé demasiado de la plasticidad de mi piel y carne.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—No me gusta acostarme con un hombre con cierto rostro y luego despertarme viendo a otro. Esas bromas son odiosas.

—Pero me quedaré sin empleo...

—Recuerda que el gobierno de la República te pagará un millón de créditos. Puedes rehacer tu vida como quieras.

—¿A tu lado?

—Sí, lo deseo.

Y Ward la abrazó.

Ojalá con el amor de Yala, pensó, pudiera olvidar que él había sido una vez un asesino.

No todo el mundo podía ufanarse o lamentarse de matar a todo un emperador.

Claro que él había creído disparar contra algo no humano. Suspiró y aceptó los besos de la mujer.

Iban de regreso a la Tierra, al planeta donde nació. Durante varios años había estado vagabundeando de un lugar a otro de la Galaxia, siempre intentando reunir un dinero, el suficiente para volver a casa.

Ahora le llevaban directamente, y no iba solo.

Y en la Tierra sería un ser anodino. Él y Yala se ocuparían de que nadie supiera que había sido el magnicida de Foxten III.

Para todo el mundo, el verdadero asesino había sido el embajador Evergren, suicidado cuando era prisionero del Imperio de Omax.

FIN